

Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI

¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?

Wim Dierckxsens

Introducción

Pareciera que el mundo está al comienzo de una nueva era de revoluciones tal como ocurrió en Europa en 1848. Esta vez, sin embargo, podemos hablar de un despertar político y una toma de conciencia a nivel global. Si bien este despertar se está materializando en diferentes países y regiones del mundo y bajo circunstancias diversas, el carácter que adquiere es cada vez más global. Por todas partes, incluidos los Estados Unidos (EE. UU.), el sistema se encuentra en crisis. Y por todas partes, la clase dominante está tratando de poner todo el peso de la crisis de su sistema sobre los hombros de las capas trabajadoras de la sociedad. El argumento de "aquí no puede suceder" carece de base científica o racional, aunque sí creemos que las condiciones objetivas proclives a una situación revolucionaria se hallan más en unos países que en otros. He aquí el eje central de este ensayo. El factor decisivo es que las masas han adquirido conciencia de su fuerza colectiva y están perdiendo el miedo. En unas naciones ocurren rebeliones por el hambre debido al alza de los precios de los granos básicos. En otras, las generaciones más jóvenes, enérgicas y decididas muestran un estado de ánimo desafiante que se transmite a la población de más edad, más cauta e inerte. Habrá altibajos, problemas y retrocesos, con todo, la rebelión globalizada en marcha no podrá ser controlada o cooptada tan fácilmente (Gavin Marshall, 2011).

Pareciera que la era neoliberal no solo ha llegado a sus límites, sino podría ser que estemos presenciando el inicio de un cambio civilizatorio. Lo que hoy sucede no es simplemente una rebelión en una u otra nación (como Túnez o Egipto) o en una región del mundo (Magreb), lo que está en juego es el sistema global en su totalidad y con ello, en última instancia, el poder imperial de Occidente. Desde hace una década, en América Latina y el Caribe se observa un proceso de desconexión de la política neoliberal. En 2008-2009 hubo levantamientos populares por el hambre en el África subsahariana, pero también en Haití. En este 2011 podría darse de nuevo este escenario, toda vez que los precios de los granos básicos subieron durante todo el año pasado. Además, la crisis

económica en Europa ha dado pie a levantamientos populares no vistos en muchas décadas. Por eso, lo que parece estar en crisis es la civilización occidental bajo la racionalidad económica del capital. De ahí que Zbigniew Brezezinsky, uno de los principales arquitectos de la política exterior estadounidense, advierta de un despertar político a nivel global. Él está consciente de la amenaza que ello significa para el actual orden establecido bajo hegemonía de los EE. UU.

La crisis puede verse como amenaza para las clases dominantes, pero de igual modo como oportunidad, en primer lugar para las clases populares en los países periféricos. Si bien una crisis económica y financiera no lleva necesariamente, por sí sola, a un proceso político que cambie la racionalidad económica en su raíz, sí crea condiciones propicias para generar conciencia de que dentro de las actuales relaciones sociales no existen perspectivas de mejora. Lo anterior se traduce eventualmente en acción política para demandar un cambio en los fundamentos mismos del sistema. En trabajos anteriores (Dierckxsens, 2008) hemos subrayado que no nos encontramos ante una crisis económica más del sistema. No se trata apenas del fin del neoliberalismo, sino de una crisis del propio sistema capitalista y su posible transición hacia el poscapitalismo. A la crisis económica actual se la compara de manera creciente con la Gran Depresión del siglo XX y pronto observaremos que se considerará que la superará con creces en términos de magnitud y escala internacional, fruto del proceso de globalización neoliberal.

Desde el surgimiento del capitalismo hubo crisis cíclicas o periódicas, de menor o mayor intensidad, extensión o duración. Esta vez, sin embargo, se trata de una crisis nueva, con características distintas. Es una crisis, además de extensa y profunda, multidimensional y de carácter global. Por tanto, más que a otra crisis cíclica del capitalismo, nos referimos a una gran crisis estructural en el marco de una crisis de civilización con el potencial para rediseñar la historia planetaria. Se trata de un encadenamiento de múltiples crisis producto de la conjugación de múltiples contradicciones. Con la crisis financiera y económica convergen muchas otras: la energética, la de los recursos naturales, la ecológica, la alimentaria, la social, la política y militar, la ética, etc. La crisis financiera y económica es solo el comienzo de una gran crisis de civilización que se vislumbra, como hemos abordado en otros trabajos (Observatorio Internacional de la Crisis, 2010).

La racionalidad económica del capitalismo no tiende únicamente a negar la vida de amplias mayorías de la población mundial, sino a destruir la vida natural que nos rodea,

a acortar la vida útil de los y las trabajadores, la vida útil de los productos que se crean, la vida útil de la misma tecnología utilizada en las empresas, de los edificios, etc. Al negar la vida en cada vez más ámbitos de la vida, el capitalismo, a la vez que fomenta la muerte de todo lo que incorpora en su lógica, se asfixia en su propia racionalidad. Es nuestra tesis aquí, que al negar la vida y sembrar muerte en tantos ámbitos, el capital tiende a negar, en última instancia, la vida del propio capital como capital. En otras palabras, es un sistema que favorece su propia autodestrucción.

El capital procura siempre acortar la vida útil de la fuerza de trabajo desgastada o más cara y sustituirla por otra nueva y más barata, en vez de garantizar su reproducción durante la vida de los trabajadores y a través de las generaciones. El capital, en efecto, busca acortar la vida útil de los trabajadores y aumentar su capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Ahora bien, la historia del capitalismo en los países centrales muestra que esa capacidad de reemplazo ha descendido, y con ello los trabajadores han obtenido mayor seguridad económica y social. Sobre esta base pudo instaurarse el reformismo político. Tras la incorporación generalizada de la fuerza de trabajo masculina, y sobre todo al tornarse esta menos sustituible y por ende más costosa, se dio la incorporación masiva de la fuerza de trabajo femenina. Pero la posterior universalización de tal incorporación disminuyó también su capacidad de reemplazo con el consecuente incremento de su costo. Además, como veremos, con la universalización del trabajo femenino el promedio de hijos por mujer se situó por debajo de la capacidad de reemplazo generacional. Fue entonces cuando el capital en esos países recurrió a la migración como último recurso para garantizar dicha capacidad de reemplazo generacional y con ello, en definitiva, la de la fuerza de trabajo.

Así pues, al acortar la vida útil de todo, el capital impulsa la capacidad de reemplazo en lugar de garantizar la reproducción. Por eso, cuando agota un recurso natural lo sustituye por otro, no garantiza su sostenibilidad a través de las generaciones. El capital acorta la vida media útil de los productos, tornándolos siempre más desechables; de esta manera declara la muerte prematura de todo lo que se produce y, con ella, la muerte de los recursos naturales y el medio ambiente. Más aún, acorta la vida media útil de los edificios y las maquinarias que emplea en las empresas a tal extremo que la renovación tecnológica se vuelve cada vez más impagable. Cuando una tecnología no puede ser reemplazada por otra en razón de su altísimo costo, el capital busca entonces sustituir mano de obra más cara en los países centrales por otra más barata procedente de los países periféricos. Para eso recurre a migrantes y/o el capital migra hacia las zonas de

mayor capacidad de reemplazo. Es más, ante el aumento del costo de la mano de obra el capital huye de la economía real y se refugia en el ámbito especulativo, procurando con ello sostener la acumulación sin tener que contratar fuerza de trabajo alguna. De esta forma el capital favoreció la actual crisis financiera. La crisis mundial que ella implica provoca inseguridad económica y social globalizada sin vida digna, y esta vez incluso en los propios países centrales.

I. La capacidad de reemplazo de la población: los países centrales se tornan inviables

Introducción

Las categorías “vida media” y “capacidad de reemplazo” se derivan de la demografía. La transición demográfica (el paso de una situación de altas tasas de mortalidad y natalidad a una situación de tasas bajas) que ha tenido lugar durante la historia del capitalismo, ha desembocado en una incapacidad de reemplazo generacional. Esta incapacidad no solo se da en los países centrales, sino también en las exrepúblicas soviéticas y socialistas en general, acontece de manera acelerada en ‘países emergentes’ como China y los Tigres Asiáticos, e incluso ocurre ya en cada vez más países periféricos. Esto significa que la misma racionalidad económica no garantiza más el reemplazo de una generación vieja por otra nueva. A mediano plazo esto pondrá en peligro la propia sobrevivencia de ciertas sociedades. Aquellas sin capacidad de reemplazo generacional, en primer término se envejecen. A mediano plazo, tienden a mostrar tasas de mortalidad superiores a las de natalidad. Las migraciones desde los países periféricos hacia los centrales son una forma de reemplazo de generaciones mediante la sustitución de la reproducción por migración. Y las migraciones pueden, ciertamente, sustituir el recambio generacional por un tiempo.

Con la actual crisis económica, sin embargo, la migración internacional tiende a frenarse al igual que sucedió en los años treinta del siglo XX. Esto complicará efectivamente la capacidad de reemplazo generacional y obligará a orientarse a la reproducción de la vida misma, como veremos en esta parte del trabajo. Con todo, el Club Bilderberg, constituido de multimillonarios muy influyentes en la política, se ha reunido en secreto y ha llegado al consenso de que los países periféricos constituyen una

amenaza tanto para el medio ambiente como para la economía de Occidente. A raíz de ello han reunido parte de sus fortunas para frenar el potencial de crecimiento de esos países (Harlow, 2009).

Hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial la principal preocupación demográfica fue la pérdida de vidas. Al descender luego la mortalidad de manera más o menos generalizada en los países periféricos, la preocupación fue el fuerte crecimiento de la población en estos países. Con el descenso en las últimas décadas de la fecundidad, también de manera más o menos generalizada, tarde o temprano la incapacidad de reemplazo de las generaciones a través del tiempo se convertirá en la preocupación fundamental. Cuando las tasas de mortalidad superen a las de la natalidad, se acrecentará la preocupación por el envejecimiento de la población. Hoy, la culpa por el envejecimiento recae en el aumento de la esperanza de vida y, como la solución, se busca posponer la edad de pensionarse. A corto plazo, esto podrá solucionar la disminución relativa de la población en edad activa, pero a mediano plazo, en vez de brindar una solución la medida agravará la incapacidad de reemplazo generacional. Porque son los adultos jóvenes en edad reproductiva que suelen tener cada vez menos hijos los que generan la incapacidad de reemplazo generacional, no las generaciones mayores y su creciente expectativa de vida que causan el envejecimiento de la población. No pasará mucho tiempo para que los países centrales más envejecidos sean considerados países inviables.

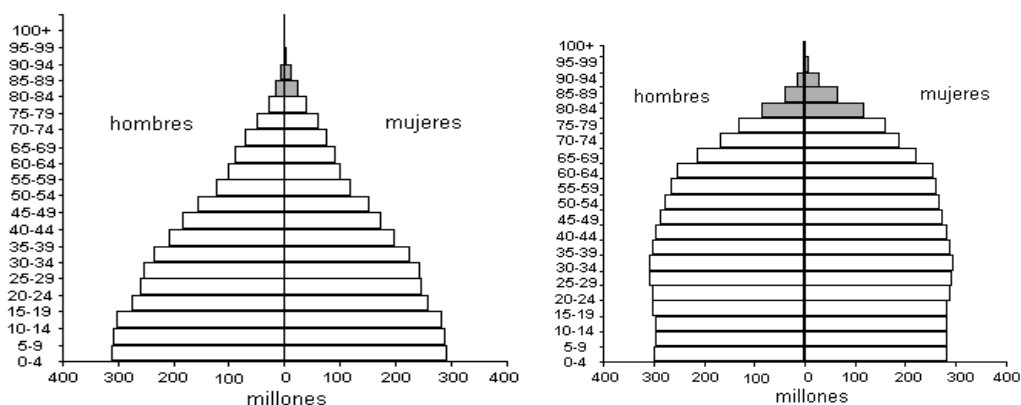
1. Impacto de la capacidad de reemplazo generacional en el envejecimiento demográfico

La población mundial alcanza en 2011 los siete mil millones de habitantes. En 2050, según la proyección (media y más probable) de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), superará los nueve mil millones, un crecimiento de casi el 30% en cuarenta años. La tasa global de fecundidad, que en 2010 fue de 2,56 hijos por mujer, en este mismo horizonte será en 2050 de 2,05 hijos por mujer. Esto significa que la capacidad de reemplazo generacional a escala mundial ya no estará garantizada a partir de entonces, e incluso ya antes de esa fecha. En efecto, para garantizar la capacidad de reemplazo generacional es preciso que, en promedio, las mujeres de una generación tengan 1,05 hijas durante su vida reproductiva para poder ser reemplazadas como generación, esto bajo el supuesto de un patrón de mortalidad baja. Un promedio de al

menos 2,1 hijos por mujer es el mínimo necesario para garantizar una capacidad de reemplazo generacional de ambos sexos. Sin dicha capacidad de reemplazo, será cuestión de tiempo para observar un crecimiento negativo de la población. Con un promedio de 2,2 hijos por mujer la estructura poblacional ya no tendrá la forma de una pirámide como antes, sino se asemejará a un cilindro, como puede verse en las figuras de abajo.

Gráfico No. 1

Pirámide de la población mundial en 1998 y 2050

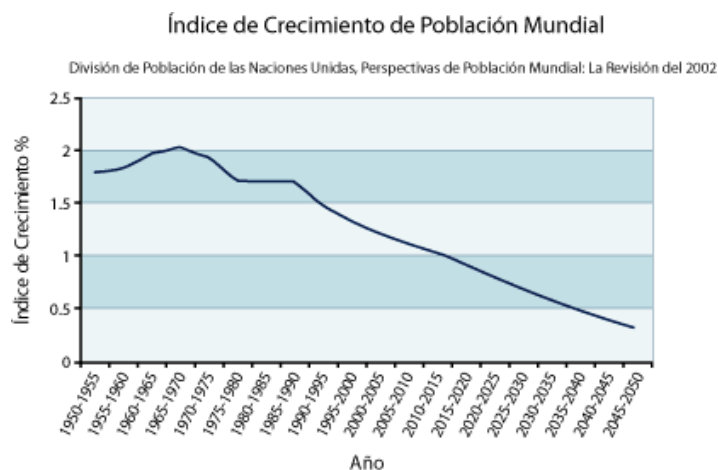


Fuente: Naciones Unidas, División de Población, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales
<http://www.popin.org/pop1998/9.htm>

Para lograr el reemplazo generacional, la tasa global de fecundidad o tasa bruta de reproducción tendrá que ascender regionalmente hasta 3,4 hijos por mujer en aquellos países (subsaharianos, por ejemplo) donde la mortalidad alcanza aún niveles relativamente elevados. Por otra parte, una situación de incapacidad de reemplazo generacional no implica un inmediato crecimiento natural o vegetativo negativo de la población. Esto debido al efecto de la estructura por edad y sexo existente. Una pirámide de población refleja, básicamente, la historia pasada de una fecundidad más alta. Una tasa global de fecundidad inferior a 2,1 hijos por mujer podrá ser compensada mientras las generaciones en edad fértil se encuentren relativamente sobrerrepresentadas en la pirámide poblacional. Esta representación puede ser promovida de manera artificial, verbigracia mediante flujos inmigratorios. Con una estructura poblacional

rejuvenecida por tales flujos, el número de nacimientos por mil habitantes, o sea, la tasa bruta de natalidad, resulta relativamente elevada. En todo caso, a mediados de este siglo el crecimiento mundial de la población tenderá a cero, lo que implicará una incapacidad de reemplazo generacional a escala global.

Gráfico 2



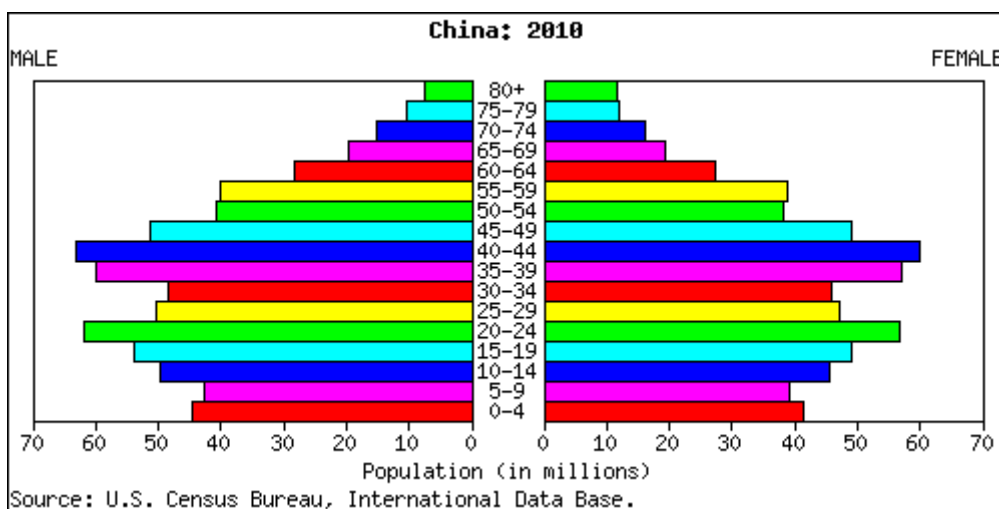
Hoy, de los 225 países y regiones registrados 114, es decir, más de la mitad, muestran tasas globales de fecundidad inferiores a 2,2 hijos por mujer. Ninguno de los países centrales tiene más de 2,2 hijos por mujer; tampoco el gigante China. Esto significa que ningún país central tiene capacidad de reemplazo generacional. Y si consideramos un promedio necesario de 2,5 hijos por mujer para garantizar la capacidad de reemplazo en los países periféricos, observamos que 137 países de un total de 225 en el mundo (61%) ya tampoco alcanzan la capacidad de reemplazo generacional. En otras palabras, aquella idea de los años setenta del siglo XX de la amenaza de una población galopante, pronto se convertirá en una preocupación por poblaciones que más bien tienden a desaparecer. En ausencia de interferencias en el sexo de los nacimientos, se observa que en promedio nacen de 104 a 105 varones por cada 100 mujeres en la población humana. No obstante, las políticas de población de nuestros tiempos (como la política china de tener un solo hijo y la preferencia popular de tener al menos un varón) han cambiado este ritmo natural de modo dramático. Así, en China, ya el censo de población de 1982 mostró un promedio de 109 varones sobre cada 100 niñas nacidas. En 1995 este índice era de 116,

en el año 2000 de 120 y en 2004 esta cifra, en muchas regiones, ya estaba más cerca de 130 (Eberstadt, 2004).

El desbalance por género en China, que se puede observar en el gráfico No. 3, además de alterar el ‘mercado matrimonial’ en estos momentos, complica de manera particular la capacidad de reemplazo generacional. Para garantizar esta capacidad, el número promedio de hijos requerido por cada mujer (en minoría) sería de 2,7. Pero en la práctica, según estima *The World Factbook*, en 2010 nacieron apenas 1,54 hijos por mujer en China. La consecuencia es que el proceso de envejecimiento chino carece de precedente en la historia moderna. Por eso, cabe esperar allí un singular decrecimiento poblacional en un futuro no tan lejano. La ONU, en efecto, proyecta que entre 2045 y 2050 la población de China decrecerá, en términos absolutos, casi 26 millones de habitantes al año.

Gráfico No. 3

Distribución de la población de China por sexo y edad (2010)



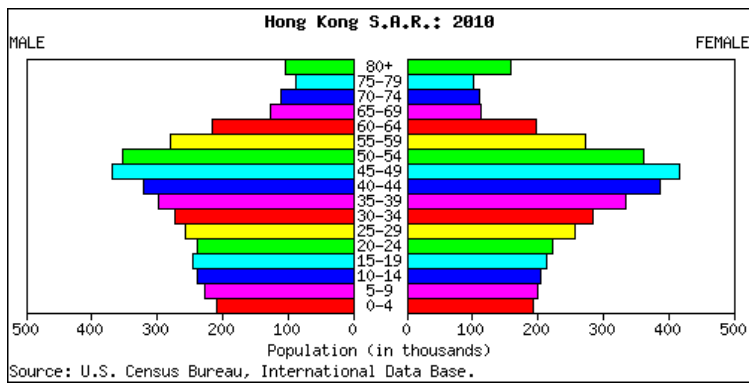
En Vietnam se reproduce el patrón observado en China. El control de la natalidad se ejerce aquí de modo más férreo a partir de 1982. En este país nacen 1,89 hijos por mujer, cifra que no garantiza el reemplazo generacional con 104 niños nacidos sobre cada 100 niñas. El índice de masculinidad de los nacimientos alcanzó 120 en 2005, hecho que agrava todavía más la situación. Ahora bien, en algunos países donde no existe el control de la natalidad como política de Estado, se observan de igual modo ascensos notables en el índice de masculinidad de los nacimientos. Es el caso de la

India, donde este índice alcanza 113 varones por cada 100 niñas nacidas. Para garantizar el reemplazo intergeneracional, las indias deberán tener 2,55 hijos en promedio, cifra que apenas se alcanzó en 2010. Como China e India juntas representan más del 35% de la población mundial, su creciente incapacidad de reemplazo generacional pesará más en el futuro que la de todo Occidente en su conjunto. Por lo demás, hay que mencionar que en países como Taiwán, Singapur y Bangladesh se observa asimismo un marcado sesgo masculino en los nacimientos. El número promedio de hijos por mujer en Singapur es de apenas 1,1; en Taiwán, 1,15; y en Bangladesh, 2,05, cifras por debajo de la capacidad del reemplazo generacional, incluso sin ese sesgo. Por tanto, la reproducción humana en el Lejano Oriente se halla cada vez más lejos de la capacidad de reemplazo generacional (Guilmoto, 2009).

Con todo, donde más rápidamente ha descendido el número promedio de hijos por mujer es en Japón y las economías emergentes: Macao cuenta con 0,91 hijos por mujer, Hong Kong con 1,04, Singapur con 1,10, Taiwán con 1,15, Japón con 1,20 y Corea del Sur con 1,22. En las exrepúblicas soviéticas se observan bajas tasas brutas de reproducción: Lituania (1,24), Bielorrusia y la República Checa (1,25), Ucrania (1,27), Rumania (1,27), Polonia y Eslovenia (1,29) y Letonia (1,31). Rusia, con 1,42 hijos por mujer, está levemente por encima de esta tendencia señalada. En Europa Occidental las cifras más bajas son en Italia (1,32), Grecia (1,37), Austria (1,39), Alemania (1,42), Suiza (1,46) y España (1,47). El número promedio de hijos por mujer es algo superior en los países anglosajones, aunque siempre por debajo de la capacidad de reemplazo generacional: Australia (1,78), Reino Unido (1,92), los EE. UU. (2,06) y Nueva Zelanda (2,09).

Gráfico No. 4

Hong Kong, pirámide poblacional con 1,04 hijos por mujer



Entre los países caribeños, Cuba muestra la menor capacidad de reemplazo generacional con 1,61 hijos por mujer, seguido por Puerto Rico (1,62), Barbados (1,68), San Martín (1,70), Trinidad y Tobago (1,72) y Saint Kitts (1,79). En el continente tenemos a Uruguay con 1,89 hijos por mujer, Chile (1,90), Costa Rica (1,93), El Salvador (2,12), Paraguay (2,16), Colombia (2,18) y Brasil (2,19), todos países que ya perdieron su capacidad de reemplazo generacional. Países latinoamericanos con menos de 2,5 hijos por mujer son además, en su orden, México, Perú, Argentina, Venezuela, Ecuador, República Dominicana y Panamá (CIA, 2010).

Un promedio de hijos relativamente elevado se da sobre todo en los países subsaharianos. A la cabeza aquí están Burundi (6,25), Somalia (6,44), Malí (6,54), Uganda (6,73) y Níger con una descendencia de 7,6 hijos por mujer. En la actualidad, ningún Estado en el mundo presenta tasas de mortalidad tan altas como en la primera mitad del siglo XX. Esto es, todos los países se encuentran en un estado determinado de la transición demográfica. Uganda, por ejemplo, presenta un elevado nivel de fecundidad con una mortalidad en descenso, por eso muestra una pirámide de población cónica clásica que se caracteriza por una población extremadamente joven. Los países latinoamericanos con la mayor tasa global de fecundidad son Bolivia (3,07), Honduras (3,17), Haití (3,17), Belice (3,26) y Guatemala (3,36). Estos países exhiben ya un patrón de mortalidad relativamente bajo y, además, están a la mitad de la transición de la fecundidad.

Aunque en más de la mitad de los países del mundo la capacidad de reemplazo generacional ya no está garantizada, esto no implica un crecimiento negativo inmediato. Debido a la elevada fecundidad histórica, las generaciones en edad reproductiva se encuentran relativamente sobrerrepresentadas. Este fenómeno podemos observarlo en la pirámide poblacional de Brasil (gráfico No. 6). El crecimiento vegetativo de Cuba (0,4%), Uruguay (0,5%), Chile (0,9%) y Costa Rica (1,4%) se atribuye de manera

exclusiva al efecto de la composición por edad de la población. En Colombia, en cambio, el crecimiento natural se atribuye en un 84% a dicho efecto estructural; en México, en un 79%; en Argentina, en un 69%; y en Brasil, en un 66%. Cuba ya finalizó su proceso de transición demográfica y pronto tendrá tasas de crecimiento negativo. Uruguay, Chile y Costa Rica, por su parte, se hallan en un estado avanzado de la transición demográfica (CELADE, 2008).

Gráfico No. 5

Pirámide de población de Uganda 2010 con 6,73 hijos por mujer

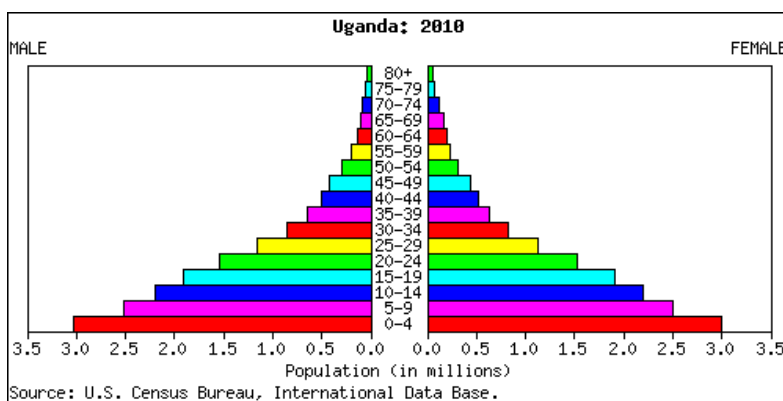


Gráfico No. 6

Pirámide de población de Brasil con 2,19 hijos por mujer

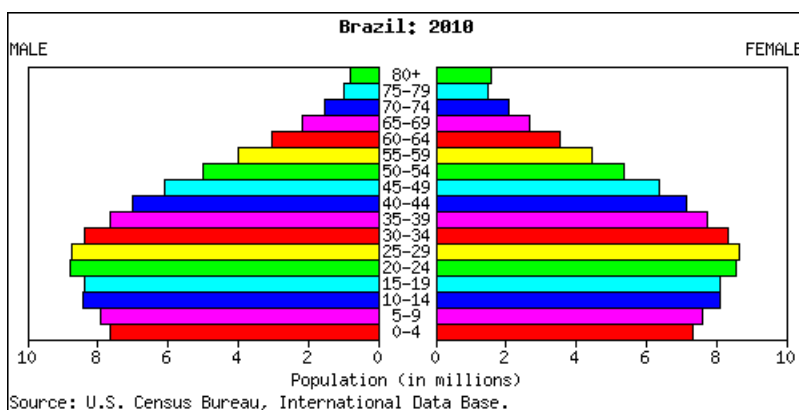
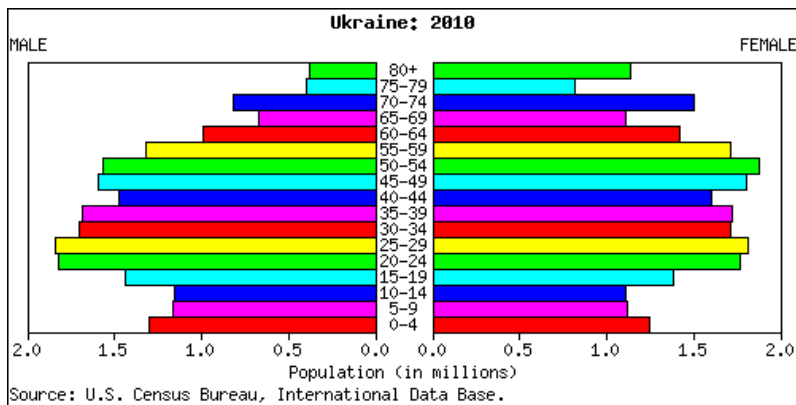


Gráfico No. 7

Pirámide de población de Ucrania 2010 con 1,27 hijos por mujer



La División de Población de las Naciones Unidas señala en su documento World Population Prospects (2007) que en veinte países en el mundo el número reducido de hijos por mujer es un fenómeno de más tiempo. Como veremos más adelante, son países donde la participación de la mujer en la actividad económica es generalizada y de más antigua fecha. Los países europeos y Japón, presentan hoy un mayor crecimiento negativo de la población. Los diez países europeos con mayor crecimiento negativo son: Moldavia (-0.90), Georgia (-0.79), Ucrania (-0,76%), Bulgaria (-0.72%), Belarusia (-0.72%), Lituania (-0.53%), Letonia (-0.52%), Rusia (-0,51%), Rumania (-0,45%) y Estonia (-0.35%). Japón tenía un crecimiento negativo de -0.20%. Países con un crecimiento cero y una proyección de crecimiento negativo en 2010-2015 son: Alemania, Polonia, Eslovaquia, Italia, Eslovenia y Grecia. De aquí al año 2050, se proyecta que Bulgaria perderá el 34% de su población, Guyana 35%, Georgia 29%, Bielorrusia 28% y Rumania 26%. Más atrás en la lista están Japón con 20%, Alemania el 10%, Italia el 7%, Portugal 6%, etc.. Este proceso podría acelerarse con la actual Gran Depresión, que tiende a detener el flujo migratorio. Luego, las proyecciones anteriores subestiman el crecimiento negativo de los países centrales, ya que al disminuir la capacidad de reemplazo generacional debido a la reducción de los flujos migratorios de jóvenes, el crecimiento negativo en Occidente se adelantará.

La racionalidad económica vigente que incorpora de forma generalizada hombres y mujeres a la actividad económica, sin preocuparse colectivamente del cuidado de los menores constituye, como veremos adelante, el motivo fundamental de la baja de la fecundidad. Esta ha sido la tónica en el capitalismo avanzado en las últimas décadas, y en las exrepúblicas soviéticas y otras repúblicas socialistas, incluso por más tiempo. Una incapacidad de reemplazo generacional durante años conlleva un crecimiento negativo y sostenido de la población, lo cual amenaza a la sociedad con su extinción.

Este el temor de fondo de Occidente frente a los países periféricos. Su política propuesta es contraria a la vida. Por un lado, buscan responsabilizar a los adultos mayores (cuya esperanza de vida creció) del envejecimiento en los países centrales, cuando en realidad lo son los adultos en edad reproductiva por tener menos hijos. Por otro lado, consideran que el crecimiento de la población en los países periféricos representa una amenaza para el planeta, cuando en realidad el 20% de la población mundial, concentrado en los países centrales, consume más del 80% de los recursos naturales. Lo que en realidad se necesita es un cambio de racionalidad económica que oriente la sociedad hacia la vida misma. Eso implica, entre otras cosas, garantizar el reemplazo generacional mediante la vida reproductiva.

1. El mito del envejecimiento de la población por la esperanza de vida

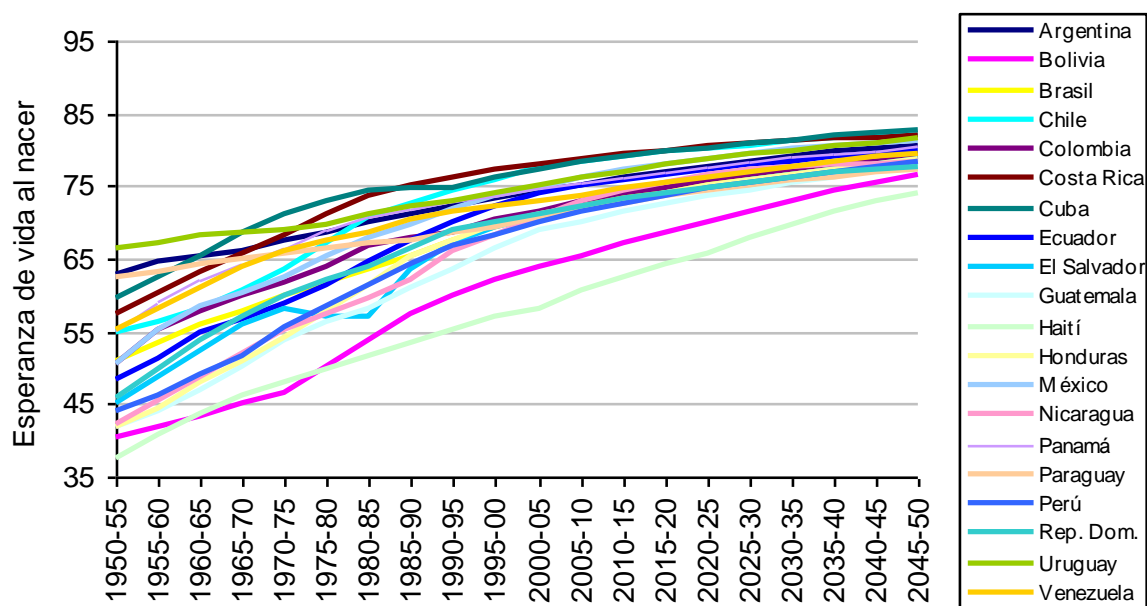
El envejecimiento relativo de la población es determinado básicamente por la incapacidad de reemplazo generacional, resultado de un reducido número de hijos por mujer. Al contrario de lo que suele afirmarse, no cabe atribuir tal envejecimiento al aumento de la esperanza de vida al nacer, gracias a la baja de la mortalidad y sobre todo la infantil, lo que ha sido notorio en las últimas décadas incluso en los países periféricos. De acuerdo con el cuadro 3^a acerca de la expectativa de vida al nacer publicado por la División Estadística de la ONU actualizado a diciembre de 2010, la esperanza de vida más alta en el ámbito mundial corresponde a las mujeres japonesas con 87 años, seguidas por las de Hong Kong con 86 años y luego, con 85 años, en orden alfabético por las españolas, francesas, italianas y suizas. Para la población masculina, la expectativa más elevada al nacer la ostenta Islandia con 81 años seguida por Australia, Hong Kong, Japón, Suiza y Suecia, con 80 años.

Ahora bien, este cuadro contrasta agudamente con la expectativa de vida en Angola con 38 años, seguida por Suazilandia con 39,6 años, vale decir, menos de la mitad de la esperanza de vida en los países más longevos. Los países subsaharianos como Angola, Mozambique, Zambia, Sierra Leona y Basutolandia, poseen una esperanza de vida al nacer inferior a los 43 años, o sea, menos de la mitad de la expectativa de vida al nacer de las mujeres japonesas (1).

La esperanza de vida al nacer es en realidad la edad media al fallecer de una población en ausencia de efectos de la estructura poblacional, y la tasa de mortalidad infantil pesa

mucho en esa edad media. La mortalidad infantil más elevada se presenta en Angola con una tasa de 180 por mil nacidos vivos, siendo la responsable, en buena medida, de la baja esperanza de vida al nacer de apenas 38 años en ese país. La mortalidad infantil en Sierra Leona es de 154 por mil, Afganistán (152), Liberia (138), Níger (117), Somalia (109), Mozambique (106), Malí (102) y Zambia (101). En todos estos países fallecen aún hoy más de 10 niños antes de cumplir un año de edad, sobre cada cien recién nacidos, y la esperanza de vida al nacer se encuentra por debajo de los 45 años. Al otro extremo tenemos que en Singapur mueren nada más 2,3 niños antes de cumplir el año, sobre cada mil recién nacidos, esto es, una situación noventa veces más favorable que en Angola. Después de Singapur siguen Bermudas (2,46), Suecia (2,75), Japón (2,79) y Hong Kong (2,92). La esperanza de vida al nacer en estos países está por encima de los 80 años (CIA, 2009). A continuación presentamos la tendencia en la expectativa de vida de los países latinoamericanos.

Gráfico 9: AMÉRICA LATINA: ESPERANZA DE VIDA AL NACER POR PAÍSES 1950-2050



Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) – División de Población de la CEPAL, estimaciones y proyecciones de las poblaciones de América Latina y el Caribe julio del 2007, Santiago de Chile www.eclac.cl/celade_proyecciones/basedatos_BD.htm

Al controlarse la mortalidad infantil, la expectativa de vida suele progresar con rapidez. Ella es relativamente elevada al principio de un proceso de transición demográfica. La

mortalidad infantil no es tan difícil de controlar, en cambio, reducir la mortalidad en edades más avanzadas cuesta mucho más. En 1900, la esperanza de vida de los hombres al nacer en los EE. UU. era de 47,9 años (el nivel de Nigeria y Somalia en la actualidad) y pasó a 75,6 años en 1997, ocupando el lugar 36 en el mundo después de Cuba (76,2) y Costa Rica (76,5). Esto supone una ganancia de un poco menos de 60% durante un siglo. En el Reino Unido, por su parte, el índice de mortalidad infantil en 1970 era de 17,4 por cada mil recién nacidos, frente a apenas 4,7 en el período 2005-20010, es decir, casi la cuarta parte de lo que fue unos 35 años antes; la esperanza de vida (de los hombres), sin embargo, creció un 10%, de 69,0 a 75,2 años. Las posibilidades de aumentar la esperanza de vida de manera notoria, por tanto, ya no son las mismas.

La mayor esperanza de vida una vez cumplidos los 60 años de edad es una mejor medida de la prolongación de la vida de los adultos mayores. De acuerdo con el cuadro 3^a acerca de la expectativa de vida a los 60 años de edad publicado por la División Estadística de las ONU actualizado a diciembre de 2010, los países donde los varones mayores alcanzan una expectativa de vida de 23 años, son: Islandia, Hong Kong, Suiza, Japón, Australia e Israel, seguidos con 22 años en orden alfabético por Canadá, Costa Rica, España, los EE. UU., Francia, Italia, Mónaco y Nueva Zelanda. Los hombres en estos diez países cumplirán, en promedio, más de 82 años una vez que hayan cumplido los sesenta años de edad. Las adultas mayores de Japón tienen una expectativa de vida de 29 años una vez que hayan cumplido los sesenta años de edad, seguidas por las adultas mayores de Hong Kong, Francia y Suiza con 27 años. Con una expectativa de 26 años siguen, en orden alfabético, Australia, Bélgica, Canadá, España, Guadalupe, Islandia, Italia, Martinica, Puerto Rico y San Marino. Las mujeres de estos países suelen cumplir en promedio entre 86 y 89 años de edad, una vez cumplidos los sesenta (véase también Brandon, 2009).

Lo anterior evidencia que un incremento de la expectativa de vida al nacer no implica que los adultos mayores viven tantísimos años más. Esta es una idea a menudo transmitida por los medios de comunicación dominantes. Así, en el año 1900 a los estadounidenses que cumplían 65 años les quedaba una esperanza de vida de vida de otros 11,5 años. Estos varones mayores fallecieron así, en promedio, a los 76,5 años de edad y las mujeres mayores a los 77,2 años. En 1997, la edad al fallecer los hombres estadounidenses, tras cumplir los 65 años de edad, era 80,9 años y para las mujeres 84,2 años. Por ende, la expectativa de vida de los varones mayores, una vez cumplidos los 65

años de edad, aumentó en menos de 6% durante todo el siglo XX y la de las mujeres en menos de 10% (CDC, 2010).

En 1928 la esperanza de vida de los hombres en Dinamarca, una vez cumplidos los 65 años, era de 11,5 años y para las mujeres, 13,3 años; vale decir, en dicho año los varones mayores fallecieron en promedio al cumplir 76,5 años y las mujeres 78,3 años. En el año 2002, los hombres daneses, luego de cumplir los 65 años, tenían una expectativa de vida de 16,0 años —fallecieron en promedio al cumplir 81 años— y las mujeres 19,0 —fallecieron en promedio a los 84 años de edad—; o sea, una ganancia inferior al 6% durante un período de 80 años para los hombres e inferior al 8% en el caso de las mujeres.

Quedará claro, a partir de los datos anteriores, lo reducido del impacto de la baja de mortalidad en los adultos mayores sobre el envejecimiento de la población. El envejecimiento de una población no se debe a que los adultos mayores se vuelven cada vez más viejos (e inútiles para el sistema), sino a que los adultos en edad reproductiva han dejado de tener hijos. Por consiguiente, no tiene mayor sentido posponer la edad de pensionarse para prolongar la vida activa. Tal recorte del gasto disminuirá momentáneamente la población dependiente de la población activa, sin embargo, en tanto la fecundidad siga bajando, la situación empeorará. Solamente una política orientada de manera colectiva y solidaria a cuidar de la vida misma, y con ello de la vida de las próximas generaciones, surtirá efecto.

2. El mito de que la migración garantiza la capacidad de reemplazo generacional

Estará claro, pues, que la incapacidad de reemplazo generacional es el factor responsable del progresivo envejecimiento de la población. En el año 2000 el 10% de la población mundial tenía 60 o más años de edad, nivel que alcanzará África, el continente más joven, apenas en el año 2050. Para este mismo año se proyecta que el 21% de la población mundial tendrá 60 años o más edad, el nivel que alcanzaba Europa a principios de este milenio. En 2050, más del 37% de la población europea superará esa edad; en Norteamérica, el 27%; en América Latina y el Caribe, Asia y Oceanía, el 23% (UN DESA-CEPAL/CELADE, 2008).

Con un envejecimiento progresivo y una incapacidad de reemplazo generacional sostenida, la tasa de natalidad alcanza mínimos históricos. Así, en Hong Kong y Japón,

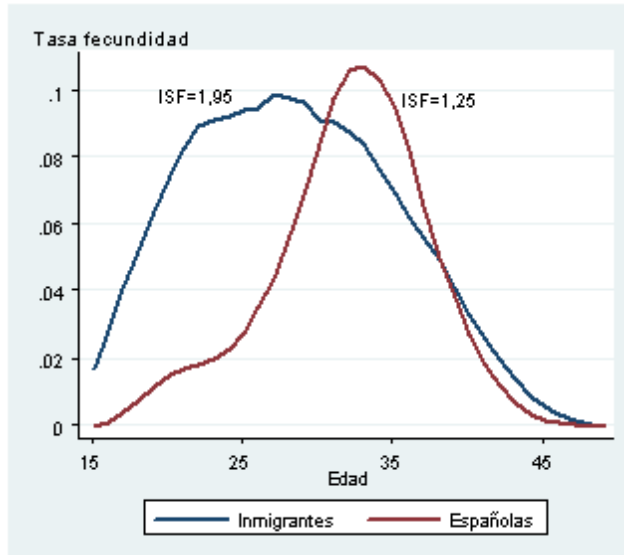
que además de estructuras de población relativamente viejas poseen una tasa global de fecundidad muy baja, nacen solo 7,5 niños al año por cada mil habitantes, la tasa bruta de natalidad más baja del mundo. Otros países con tasas de natalidad inferiores a 9 por mil, son: Italia (8,2), Alemania (8,2), Austria (8,7), Singapur (8,8), República Checa (8,8) y Corea del Sur (8,9). Países con una tasa bruta de natalidad de 9 a 10 por mil son: Eslovenia, Taiwán, Letonia, Grecia, Bulgaria, Hungría, Suiza, Ucrania, Croacia, Bielorrusia y España. Los países con una estructura de población relativamente vieja y con tasas de natalidad por debajo de 9 por mil, suelen mostrar tasas de crecimiento natural negativas. De ahí que constatemos tasas de crecimiento vegetativo negativo de 2,2% en Alemania, 1,41% en Italia, 1,27% en Eslovenia, 1,30% en Lituania y 0,89% en Austria (CIA, 2005).

Un factor que hasta la actual crisis contrarrestó el negativo crecimiento natural de la población fue la migración. De este modo, entre 2005 y 2010 la migración neta positiva fue más del doble de dicho crecimiento natural en Bélgica, Canadá, España, Hong Kong, Luxemburgo, Singapur, Suecia y Suiza. La población de la Unión Europea (UE) está llegando a una situación estacionaria. El 1 de enero de 2010 ella sobrepasó la barrera simbólica de 500 millones al alcanzar 501,1 millones de habitantes. En comparación con los 499,7 millones de un año antes, el crecimiento fue de 1,4 millones, esto es, un 2,7 por mil. Solo que la inmigración fue el contribuyente directo de tal incremento, pues se contabilizó un saldo positivo de 0,9 millones de inmigrantes; es decir, el 60% del alza poblacional, mientras el 'aumento natural' apenas representó medio millón de nuevos nacidos. Así pues, el crecimiento natural de la población europea está inflado ya que no toma en cuenta la contribución de los inmigrantes al proceso de reproducción (Laronche, 2010).

La inmigración contribuye de dos formas a la reproducción natural. Así por ejemplo, sin la presencia de las mujeres inmigrantes el índice sintético de fecundidad (ISF) de España durante el periodo 2004-2006 habría sido de 1,25 hijos por mujer en lugar de 1,34. En este país, la fecundidad de las mujeres inmigrantes es mayor que la de las nativas, como se muestra en el gráfico No. 10. Dentro de la población extranjera existe, por supuesto, heterogeneidad; los inmigrantes africanos sobrepasan el umbral de reemplazo generacional con 3,5 hijos por mujer. Pero aunque el nivel de reproducción de los inmigrantes en general supera el de la población española, el ISF no alcanza el nivel necesario para asegurar la reposición generacional de los propios inmigrantes.

Gráfico No. 10

Tasas de fecundidad por edad e ISF de las mujeres inmigrantes y españolas, 2004-2006

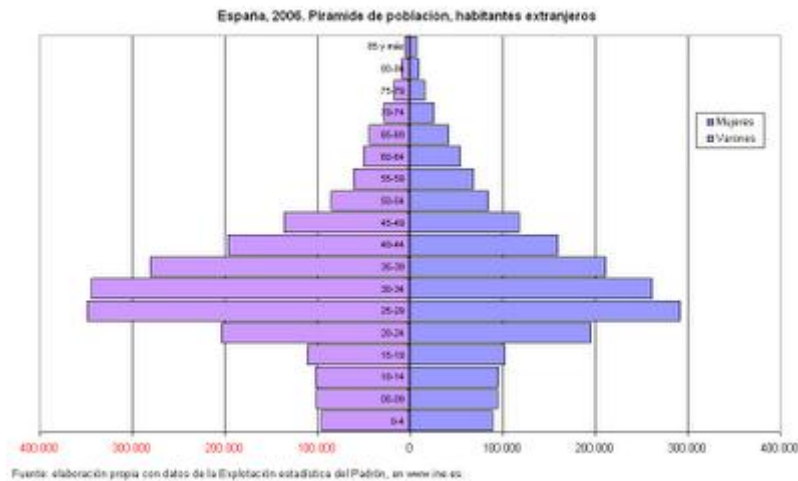


Fuentes: INE, Movimiento Natural de la población, Padrón continuo y Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007

En Suiza, país que cuenta con una inmigración muy fuerte (el 25% de la población total nació en el extranjero), el promedio de hijos por mujer migrante fue de 1,86 frente a un 1,33 entre las propias suizas. A pesar de la diferencia, sin embargo, la tasa global de fecundidad de las inmigrantes no garantiza su propio reemplazo generacional y, por lo tanto, tampoco frenará realmente el proceso de envejecimiento de la población suiza. A partir de estos dos casos podemos concluir, entonces, que tampoco la inmigración frenará por mucho tiempo el envejecimiento de la población total (2).

Gráfico No. 11

España 2006: Pirámide de la población inmigrante



La inmigración no podrá contribuir realmente a garantizar el reemplazo generacional, pero debido a la composición de la población relativamente joven, concentrada en edades reproductivas, la inmigración sí contribuye al crecimiento temporal de la natalidad. Así, el 24% de los nacimientos en los EE. UU. se atribuyen a mujeres inmigrantes, aunque esta población apenas representa el 12,5% de la total. En el Reino Unido, los nacimientos atribuibles a la inmigración son el 24% y en España el 25%, cada uno de estos países con 11% de población inmigrante. En otras palabras, una población que representa entre el 11 y el 12,5% de la población total de estos países, es responsable de la cuarta parte de todos los nacimientos. Lo anterior no es porque los inmigrantes se reproduzcan de manera muy diferenciada de la población no migrante, básicamente se debe a la composición joven de la población inmigrante. En los Países Bajos (según el CBS), el 30% de todos los nacimientos se atribuyen a la población inmigrante que representa el 20% de la población total. Luxemburgo cuenta con una población inmigrante del 37% de su población total. No extraña, entonces, que su tasa bruta de natalidad se encuentre claramente por encima de la media de la UE: 11,73 frente a 9,9 por mil.

La inmigración no necesariamente tiene un efecto positivo sobre la tasa de natalidad; ello depende también del índice de masculinidad de los inmigrantes. Cuando hay un marcado predominio varonil en la composición de la población inmigrante, el impacto de la migración sobre la natalidad es negativo, y es lo que sucede, por ejemplo, en los casos de las inmigraciones en Qatar, los Emiratos Árabes Unidos y Kuwait. El gráfico No. 12 muestra la estructura de la población de Qatar, la cual presenta un fuerte predominio masculino, sobre todo entre los 25 y 49 años de edad, o sea, en las edades

más reproductivas. Este efecto inmigratorio complica de manera particular la capacidad de reemplazo generacional.

Una inmigración con un claro sesgo femenino, en cambio, tendrá el resultado opuesto. Esta situación inversa ocurre en España, donde claramente inmigran más mujeres que varones. Un índice de masculinidad inferior a 100 implica un mayor aporte de la migración a la tasa de natalidad. La población inmigrante brasileña en España, por ejemplo, presenta tal sesgo femenino favorable para efectos reproductivos, como se observa en el gráfico No. 13. La población marroquí en España, por el contrario, supone el fenómeno opuesto, como puede apreciarse en el gráfico No. 14.

Gráfico 12 Pirámide de la población de Qatar por sexo y edad en 2000

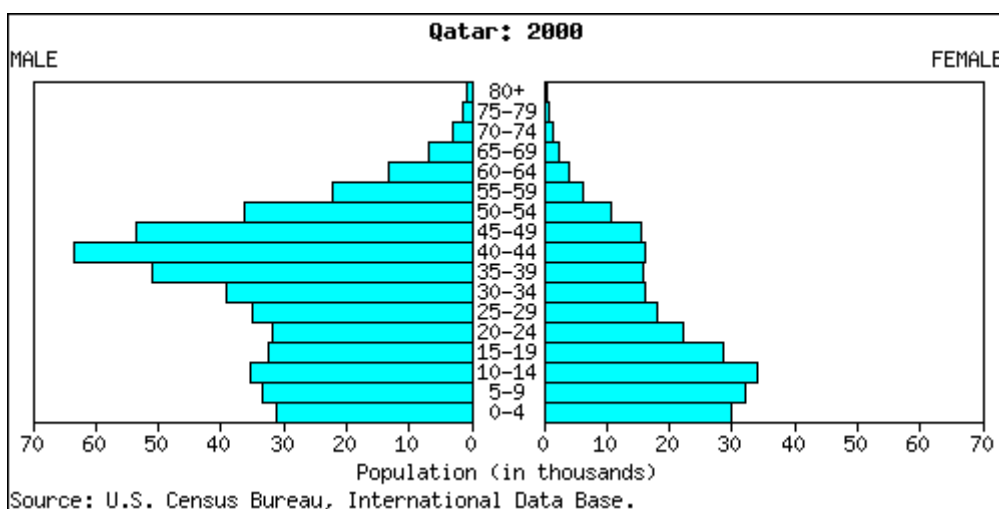


Gráfico No. 13 España: Pirámide de la población inmigrante brasileña 2006

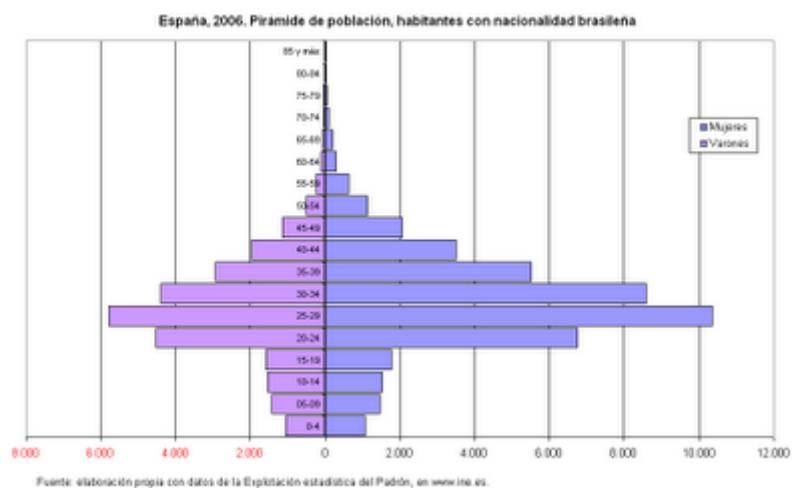
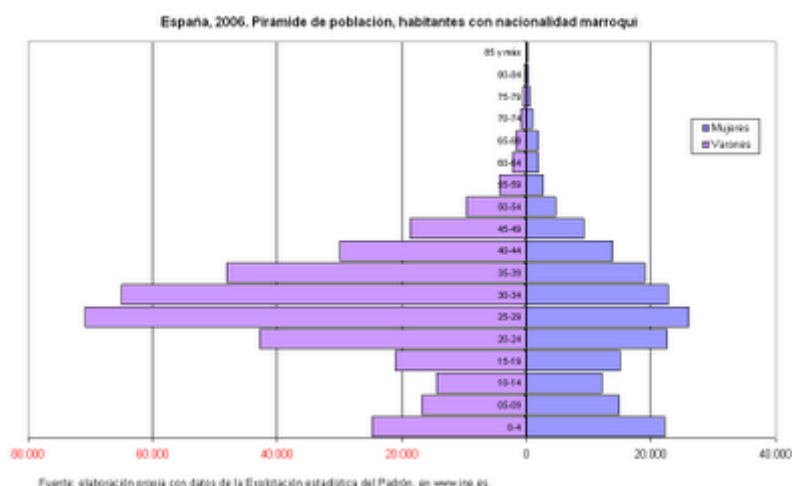


Gráfico No. 14 España, Pirámide de la población inmigrante marroquí 2006



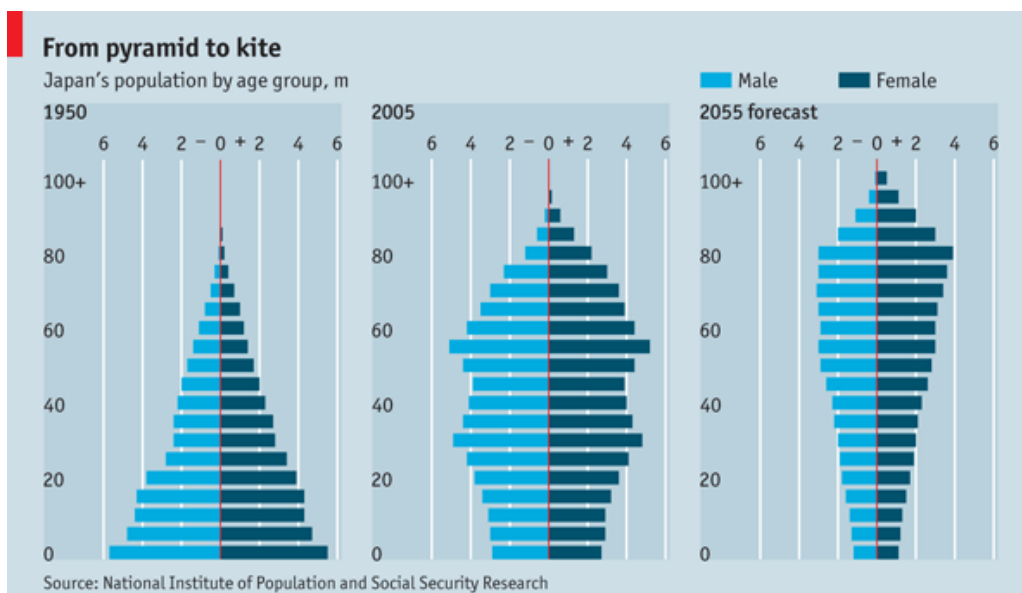
La subida del desempleo y la creciente xenofobia que la acompaña, contribuyen a frenar la inmigración en tiempos de crisis. Por eso, en los últimos años de la actual crisis económica ha disminuido la llegada de inmigrantes. En 2009, Luxemburgo, Suecia, Eslovenia, Italia y Bélgica registraron los saldos migratorios más positivos, mientras Irlanda registró el más negativo. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el retroceso en los flujos inmigratorios de vocación permanente entre 2007 y 2008 fue muy marcado en España, Irlanda, Italia y la República Checa (-25% o más) y en Dinamarca (hasta -40%). En 2010, la inmigración a la UE descendió a la mitad en relación a 2007, de acuerdo con Cristina Arhigo, portavoz para el empleo y los asuntos sociales de la Comisión Europea (CE). Con la crisis en España, la demanda de trabajo de los empleadores pasó de 200 mil en 2007 a menos de 16 mil en 2009, es decir, apenas el 8% de lo que fue dos años antes (Laronche, 2010). Con la baja de la inmigración, sin embargo, la capacidad de reemplazo generacional empeorará, pues la tasa bruta de natalidad descenderá más rápidamente. El resultado final tiende, por tanto, a tasas negativas de crecimiento poblacional.

Hay, por otro lado, países o regiones con fuertes tasas de emigración. Entre los países o regiones con una tasa de emigración superior al 10% están Micronesia (21,04%), Cabo Verde (11,74%), Grenada (11,23%) y Trinidad y Tobago (11,20%). Con una tasa superior al 5%: Samoa, Ecuador, San Vicente, Guyana, Samoa oriental (estadounidense), Arabia Saudí, Groenlandia, Malí, Jamaica, Islas Vírgenes, Islas Marshall, Dominica y Seychelles. Llama la atención la fuerte presencia de las islas caribeñas en este contexto. Saldos netos de emigración se observan para casi toda América Latina. Países que muestran flujos emigratorios relativamente acentuados son

México (3,84 por mil), El Salvador (3,4), Guatemala (2,26), Honduras (1,33), Nicaragua (1,12) y Haití (0,61). Los únicos países con un saldo migratorio positivo son Costa Rica y, en menor medida, Chile y Panamá. Bolivia, Brasil y Argentina se encuentran prácticamente en una situación de equilibrio. La tasa de natalidad disminuirá con mayor rapidez en los países con un marcado saldo emigratorio.

Sin los cambios recientes en los flujos migratorios, la ONU proyectaba que entre 2045 y 2050 habría 82 países de 191 (43%) con un crecimiento demográfico negativo (ONU, 2008: 132). Entre los años 2000 y 2005 había 24 países con un crecimiento poblacional negativo. Decrecieron en más de medio por ciento al año: Montenegro, Bulgaria, Guyana, Ucrania, Estonia y Lituania; y en más de un cuarto por ciento: Serbia, Rusia, Bielorrusia, San Vicente, Georgia, Letonia y Hungría. Decrecieron también: Japón, Eslovenia, Rumania, Trinidad y Tobago, República Checa, Moldavia, Alemania, Croacia, Polonia e Italia. Esta lista se alargará con los actuales cambios en los flujos migratorios. La proyección de la población de Japón (que no tiene saldos migratorios positivos) de 1950 a 2055, nos ilustra el futuro de Occidente en general y de Europa en particular.

Gráfico 15: Japón: Pirámide de población 1950- 2055



De acuerdo con Teresa Castro Martín, la mayoría de los estudios de la CE recomiendan un abanico de políticas a largo plazo dirigidas a incrementar la fecundidad. Quizá por ello, en los últimos tiempos se perciben algunas políticas de corte reformista respecto al envejecimiento de la población. Así, Francia ha emprendido esfuerzos en términos de subsidios familiares para acrecentar la fecundidad, cuyo importe aumenta por cada hijo nacido. Se reconoce un subsidio diario de presencia parental, y existe un complemento por la libre elección de la modalidad de cuidado de los hijos que se abona a la familia o a la persona que emplea directamente a una cuidadora acreditada o a una cuidadora a domicilio de un niño menor de 6 años. Cuando un titular de pensión de vejez tiene o ha tenido hijos, el importe de la pensión suele subir. Hay un subsidio de estudios, supeditado al nivel de renta, por cada hijo en edad escolar, así como uno de vivienda destinado a cubrir, parcialmente, los gastos de vivienda de las familias con hijos. Si bien la tasa global francesa de fecundidad ascendió durante los últimos años a 1,97 hijos por mujer, aún no garantiza el reemplazo generacional.

Con todo, la tendencia del capital en la actualidad es a no invertir en la solidaridad intergeneracional y más bien fugarse hacia países periféricos en busca de mano de obra barata, abundante y en crecimiento. Por eso, el empleo en Occidente está en peligro, y aquellos países centrales con un crecimiento negativo sostenido se transforman en naciones inviables. La reacción conservadora apunta hoy a frenar la inmigración y promover el retorno a la familia patriarcal, pero lo cierto es que de no invertir en la solidaridad intergeneracional, garantizando así el relevo generacional, el panorama mundial será de un crecimiento negativo generalizado, y en primer lugar en Europa y Japón. Garantizar ese reemplazo generacional más allá del ámbito familiar, vale decir a nivel comunal y de la sociedad en su conjunto, constituye la verdadera solución. De cara al escenario de una sociedad sin capacidad de reemplazo generacional, y por ende insostenible, es preciso otorgar otro valor al trabajo hoy no pagado en los hogares privados y socializarlo. Sin un cuidado intergeneracional asumido por la comunidad de base y la sociedad en su conjunto, las naciones occidentales se tornarán inviables.

II. La capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo: la base económica del reformismo y la de la revolución

Introducción

Luego de esta primera parte demográfica, nos concentraremos en la lógica de la reproducción y sustitución de la fuerza de trabajo. Como dijimos, el capital busca siempre acortar la vida útil de los trabajadores y por eso trata de acrecentar su capacidad de reemplazo. La historia del capitalismo enseña que esta capacidad de reemplazo ha descendido en los países centrales. Sobre esta base se instauró el reformismo político, que permitió a los trabajadores obtener mayor seguridad económica y social. Ahora bien, después de la incorporación generalizada de la fuerza de trabajo masculina en dichos países, que tornó a esta menos sustituible y por tanto más costosa, vino la incorporación masiva de la fuerza de trabajo femenina. La posterior universalización de esta incorporación, disminuyó igualmente su capacidad de reemplazo con la consecuente alza de su costo. Bajo la racionalidad económica actual, con tal universalización disminuye también el promedio de hijos por mujer y con ello, como ya vimos, baja la capacidad de reemplazo generacional. Es entonces que el capital recurre a la migración hacia esos países como último recurso para garantizar dicha capacidad de reemplazo y, en última instancia, la de la fuerza de trabajo.

La historia del capitalismo enseña asimismo que en los países periféricos, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo ha sido y en general sigue siendo elevada. La división de trabajo entre centro y periferia obligó a estos países a producir materias primas y productos agrícolas cuya vida media no podía acortarse, como veremos adelante. Solo la protección frente a las importaciones provenientes de los países centrales, permitió la aparición de nuevos países emergentes con su desarrollo industrial y tecnológico. En tiempos recientes este ha sido el caso, por ejemplo, de los llamados Tigres Asiáticos y China. A partir de la segunda posguerra, sin embargo, la mayoría de los países periféricos importan productos cada vez menos duraderos del Norte, vale decir, con una vida útil decreciente, y exportan productos cuya vida media no se puede acortar. Por esta razón, los términos de intercambio empeoraron desde entonces ya que la rotación de capital en los países periféricos fue muy baja al tiempo que en los centrales aumentó de manera incesante.

La falta de dinamismo en la expansión del capital, impidió la generalización de las relaciones asalariadas en muchos países de la periferia, y no en último lugar en América Latina y el Caribe. De ahí que por décadas, la capacidad sustitutiva de su fuerza de trabajo se ha mantenido elevada. Una elevada capacidad sustitutiva durante mucho tiempo, conlleva una absoluta falta de estabilidad económica y social que desemboca en

inestabilidad política. Una menor capacidad sustitutiva, en cambio, implica una vida media útil relativamente larga de la fuerza de trabajo y, con ello, mayor estabilidad económica y social. Sobre esta base sí es posible lograr mayor estabilidad política; por el contrario, cuanto más tiempo perdure un país sin instaurar estabilidad económica y social y sin perspectiva de salida, más explosiva se vuelve la situación política. Por eso, los países con alta capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo durante décadas son, en nuestra opinión, una bomba de tiempo. Luego, el potencial revolucionario más grande se encuentra en aquellos países de la periferia donde el capital ha penetrado bastante, pero no lo suficiente como para que se instaure una política reformista. Son por ejemplo los casos de Egipto y Túnez hoy.

Para el capitalismo, todo lo sustituible le es beneficioso, incluida la tecnología. Desde la segunda posguerra, justamente la aceleración de la innovación y sustitución tecnológicas ha sido el motor de la acumulación capitalista. Hoy, sin embargo, la capacidad de reemplazo tecnológico resulta siempre más costosa, pues al disminuir la vida útil de la nueva tecnología su costo se dispara. Este fenómeno solo puede ser compensado mediante la búsqueda de mano de obra barata fuera de los países centrales. La consecuencia es una tendencia migratoria desde los países periféricos, con una elevada capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo, hacia los centrales, con una capacidad sustitutiva baja. El capital a la vez, migra hacia aquellos países periféricos donde dicha capacidad de reemplazo es mayor. De este modo, la capacidad de reemplazo aumenta de manera simultánea en el centro y la periferia.

Durante el siglo XIX y principios del XX, momento en que el reformismo político era incipiente, había una única vía que conducía hacia una situación revolucionaria. Hoy, en cambio, como consecuencia de la generalización del reformismo en los países centrales y muchos periféricos, hay dos vías que conducen hacia una creciente inseguridad económica y social. En efecto, a partir de la Gran Depresión del presente siglo se ha abierto otra posible vía desde una situación de reformismo político hacia una inseguridad económica y social, debido a la creciente capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo que predomina en la periferia. La primera situación podría ser particularmente explosiva en tiempos de crisis, mientras la segunda vía podría desembocar en primera instancia en un neofascismo, para más tarde, al perdurar la situación por largo tiempo, abrir un espacio hacia situaciones más revolucionarias. He aquí el objetivo central de esta parte del trabajo.

1. El capitalismo neocolonial en economías con poco desarrollo de mercado

Históricamente, la producción capitalista nace y se desarrolla en un medio no capitalista y a costa de este. Como resultado, en un inicio las relaciones no salariales (comunidades indígenas, pequeños campesinos, artesanos, vendedores) predominan todavía sobre el trabajo asalariado. Hoy, no son tantos los países donde la relación salarial sea muy incipiente (por debajo del 20%). Tenemos que señalar, no obstante, que son también los países con menos registros estadísticos. Esos países con menos de 20% de asalariados en su población económicamente activa (PEA) se concentran, aunque no con exclusividad, en el África Subsahariana. Mencionemos a Burkina Faso, Camerún, Chad, Madagascar, Malí, Malawi, Ruanda, Senegal, Sudán, Tanzania y Uganda. En América Latina y el Caribe nada más hallamos el caso de Haití. En Asia, podemos nombrar países como Afganistán, Bangladesh, Camboya o Laos.

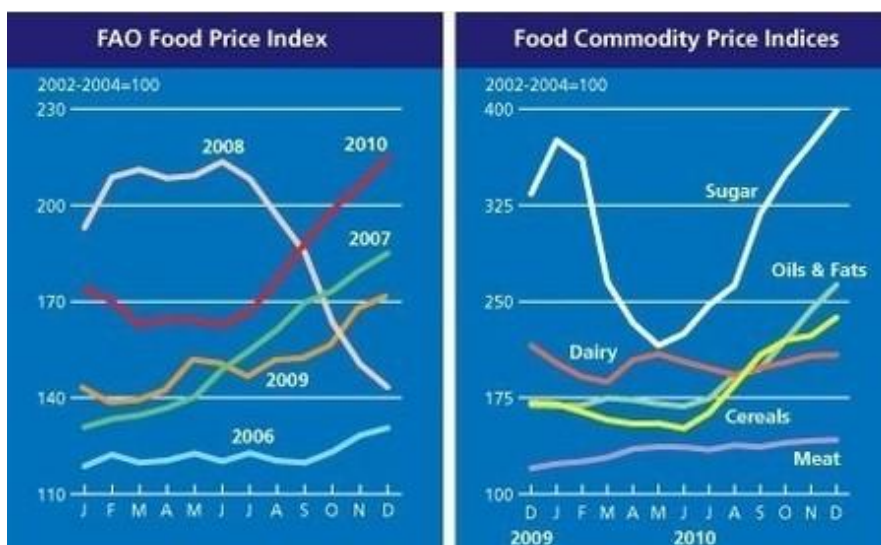
Se trata de economías sin mayor desarrollo del mercado. En una economía no monetizada y básicamente comunitaria, el trabajo no pago no se distingue del pagado. Tanto hombres como mujeres realizan, en esencia, trabajo no pago. La categoría de trabajo doméstico aparece como una forma más de trabajo no pago, no contrasta aún con el trabajo pagado. Trabajo doméstico, entonces, es una categoría que recién se desarrolla con la monetización de las relaciones sociales. En Burkina Faso, Malawi, Ruanda y Camboya, el porcentaje de asalariados es inferior al 12%, o sea, son economías sin una real presencia de mercado (OIT, 2000). Es interesante señalar que en estos países las tasas de actividad de hombres y mujeres distan muy poco entre sí. En efecto, hasta los 60 años de edad, ellas giran alrededor del 90% para las mujeres y las de los varones están levemente por encima del 95%. El trabajo infantil, en estos casos, es más un asunto de formación y socialización en la economía local. Alrededor de 1990, la OIT registró que en Burkina Faso trabajaba el 60% de los menores entre 10 y 14 años de edad, en Uganda el 45%, en Ruanda el 42%, en Madagascar el 33% y en Bangladesh el 31%.

Estamos hablando primordialmente de economías comunitarias donde la relación salarial en realidad no ha penetrado, con una incipiente economía de mercado y relaciones monetizadas apenas desarrolladas. Los subsidios a la producción de granos básicos en el Norte originan sobreproducción y exportación de estos hacia los países periféricos, aunque sea en el marco de la cooperación. En tanto estos países empiezan a

depender de esas importaciones, cualquier subida en el precio de los granos básicos a nivel internacional, debido a la especulación o la creciente demanda de agrocombustibles, provoca hambrunas. La consecuencia son revueltas y enfrentamientos populares como los vistos en 2008 en países subsaharianos, asiáticos y en Haití. Los precios subieron de nuevo en 2010, como se aprecia en el gráfico No. 16, y no es de extrañar que a partir de este 2011 haya otras explosiones sociales.

Gráfico No. 16

Índice de precios de alimentos y de las 'commodities' 2006-2010



Fuente: GEAB 52

El neocolonialismo en el África subsahariana está sobre el tapete, en particular en aquellos países donde la relación salarial menos ha penetrado. A esto agregamos que los países con más desarrollo del mercado de trabajo y del capital, pero sin llegar a consolidar el reformismo, son los más propensos a un proceso paulatino de desconexión, como los que se han dado en América Latina y el Caribe, África y Asia. Aun así, se trata de naciones frágiles y víctimas relativamente fáciles de intentos neocoloniales, como hemos visto con la reciente ocupación de Haití o los intentos de partir al Sudan en dos. Las luchas de estos países, por tanto, podrían acontecer de nuevo en el marco de la descolonización.

2. La fase orgiástica del capital: gran capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo

Diferente es el caso de aquellos países periféricos donde la relación del mercado y el capital han penetrado más en sus respectivas economías, pues ello supone una mayor disolución del nexo no capitalista y la consecuente liberación de fuerza de trabajo para incorporarla al nexo capitalista. Podemos afirmar que en aquellos países donde la PEA cuenta con un porcentaje de asalariados de entre 20 y 50%, el capital opera y domina de manera muy visible y las relaciones de intercambio están bastante monetizadas. En estos países, pues, el capital ha penetrado y domina aun cuando las relaciones asalariadas todavía no predominan. Los países con información estadística disponible cuya PEA cuenta entre 20 y 39% de asalariados son, en África: Cabo Verde, Guinea Ecuatorial, Lesoto y Zimbabue; en Asia: Bután, Malasia, Indonesia, Mongolia, Nepal, Pakistán y Vietnam. Los países cuya PEA incluye del 40 al 50% de asalariados, se encuentran en un estado de desarrollo algo mayor del capital. En África son: Etiopía, Gabón y Marruecos; en Asia: Siria, Yemen y Tailandia; y en América Latina: Bolivia, Paraguay y Honduras.

La existencia de un nexo no capitalista aún mayoritario, ofrece a los capitalistas la posibilidad de reemplazar o sustituir la fuerza de trabajo deteriorada por otra proveniente del nexo no capitalista en disolución progresiva. En tal caso, los capitalistas están en condiciones objetivas de pagar salarios que no permiten la subsistencia del trabajador, y mucho menos la de una familia. Esto condena a los trabajadores a vivir en condiciones infrahumanas, sin ninguna estabilidad laboral ni seguridad económica o social. Por consiguiente, es la vida media útil de la fuerza de trabajo es muy reducida debido, entre otras causas, a las insalubres condiciones de trabajo, la mala nutrición y las pésimas condiciones de vivienda.

Cuando las relaciones sociales se monetizan, el trabajo doméstico aparece cada vez más como trabajo no pago frente a otras actividades remuneradas. Esto se traduce en la percepción social de que el trabajo no pago en torno al hogar, deja de ser visto como trabajo; con esta percepción siempre más socializada, la participación de las mujeres en la actividad económica desciende. Esta percepción es más fuerte, por ejemplo, en países musulmanes que en el África subsahariana, donde las economías comunales y las culturas autóctonas muestran mayor resistencia ante el avance de la economía de mercado. Así, en Pakistán, donde el 37% de la PEA es asalariada, la actividad económica de las mujeres en edades entre los 20 y 60 años oscila apenas entre el 15 y el 20%. En Paraguay, en cambio, donde la PEA comprende un 48% de asalariados, la

participación femenina en la PEA oscila entre 20 y 30%; y en Honduras, con un 49,9% de asalariados, las tasas de actividad de las mujeres varían entre 30 y 45%.

El cuadro anterior contrasta con la situación en países donde la economía comunitaria y local no se ha desintegrado tanto. Así, en Bolivia, donde la PEA cuenta con un 33% de asalariados, las tasas de actividad de las bolivianas en las edades más productivas fluctúan entre 45 y 55%; y en Zambia, cuya PEA incluye un 30% de asalariados, las tasas de actividad de las mujeres alternan entre 50 y 75%; mientras en Indonesia, con una PEA con el 34% de asalariados, las tasas de actividad de las indonesias oscilan entre 50 y 60%. Aunque no podemos entrar en explicaciones de casos, sí podemos afirmar que la desintegración de la economía comunitaria en Zambia y Bolivia ha sido más difícil que la disolución las relaciones no capitalistas en Honduras, Paraguay y probablemente Pakistán, por ejemplo. En Zambia y Bolivia, el nexo no capitalista es más resistente al avance del capital pues la economía comunitaria perdura, y por eso la distinción entre trabajo no pago y trabajo pagado es menos fuerte. Al mantenerse relativamente integradas las relaciones comunales, también la participación femenina en la PEA se mantiene elevada. En cambio, en países como Paraguay y Honduras, las relaciones sociales más individuales muestran menos resistencia a la lógica del mercado.

Como ya se dijo, cuando una minoría de la PEA se encuentra bajo relación asalariada, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo es muy elevada, y más elevada todavía cuanto más desintegradas sean las relaciones en el nexo no capitalista. Esta elevada capacidad de reemplazo se traduce en sobreexplotación de la fuerza de trabajo, la cual se expresa en jornadas largas y extenuantes, salarios miserables que obligan a vivir en hogares insalubres, aceptar trabajos inestables que impiden entablar relaciones familiares sostenibles, etc. A menudo, los hogares suelen desintegrarse por migraciones en busca de trabajo. Estos hogares, además, suelen ser extendidos con presencia de otros familiares y no familiares. Todo ello en el marco de una lucha por la sobrevivencia.

En medio de esto es frecuente el trabajo infantil, ya como forma de explotación. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha realizado estimaciones para medir este tipo de trabajo (OIT, 2000). En Bután (cuya PEA comprende un 40% de asalariados), el 58% de niños y niñas entre 10 y 14 años trabaja; en Tailandia (con 44% de asalariados), el 70% de menores entre 10 y 19 años trabaja; en Nepal (con 25% de asalariados), el 60% de niñas y niños entre 10 y 14 años trabaja; en Etiopía (con 46% de asalariados), el 45% de los menores trabaja. En América Latina, el trabajo infantil registrado es menos

generalizado. Así por ejemplo, en El Salvador y Colombia (ambos con 54% de asalariados), el 35% de los niños y las niñas de 10 a 14 años de edad trabaja; y en Guatemala (con 50% de asalariados), el 28%.

Un elevado índice de trabajo infantil en países con 35% o más de asalariados en la PEA revela, sin duda, situaciones de sobreexplotación. Esta permite a los capitalistas reemplazar permanentemente la fuerza de trabajo desgastada, por lo general de más edad, por otra más productiva y muy joven. Cuanto más joven, menor el pago y mayor la sobreexplotación. La nueva mano de obra que reemplaza a los destituidos, además de ser reclutada entre los hijos de los asalariados, más a menudo proviene de los trabajadores independientes en el nexo no capitalista en disolución. Esto suele ser acompañado de procesos migratorios del campo a ciudad. Toda esta fuerza laboral potencial en movimiento busca su suerte en el nexo capitalista, y constituye un ejército de reserva que ejerce una presión constante sobre los trabajadores activos en el mercado capitalista de trabajo.

Cuando la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo es muy elevada, con frecuencia los trabajadores son despedidos a edades relativamente jóvenes; por ende, su expectativa de vida útil para el capital es relativamente corta. En el caso de Honduras (con 49% de asalariados), por ejemplo, la edad mediana de la vida útil de los trabajadores asalariados está por debajo de 30 años de edad (véase Dierckxsens, 2000). Al abandonar el nexo capitalista, los trabajadores despedidos han de buscar su refugio en algún trabajo por cuenta propia para poder sobrevivir en condiciones aún más precarias. Sin embargo, en el nexo no capitalista hay trabajadores de todas las edades que, en conjunto, ejercen una presión continua sobre el mercado de trabajo en todas las edades. En medio de esta inseguridad económica y social, la clase trabajadora se reproduce como clase frente al capital, a pesar de que los trabajadores no pueden reproducir sus condiciones mínimas de vida. Tampoco lo logran los amplios sectores del nexo no capitalista, debido al proceso permanente de su destrucción.

Al vivir en condiciones muy precarias y consciente de su perenne inestabilidad económica y social, al obrero le parece que no le pagan por su trabajo, ni aun por su fuerza de trabajo, y tiende a rebelarse. Con todo, sus reivindicaciones no encuentran oídos en la clase burguesa. La posibilidad de sustituir la fuerza de trabajo rebelde, con o sin represión, opera como quebranta-huelgas y constituye un freno para la efectiva organización. Los capitalistas están en condiciones de masacrar a la población, si fuere necesario, para imponer sus intereses a expensas de la clase trabajadora. Es la era de la

dictadura del capital o la llamada fase orgiástica del capital, tal como Marx la describió al analizar la condición de la clase trabajadora en la Inglaterra de principios del siglo XIX. Es también la fase siempre más añorada por la burguesía, hoy incluso a escala mundial.

3. La base económica del reformismo burgués: límites de la capacidad de reemplazo

En la medida en que el capital penetra en más sectores y zonas de un país, más avanza la desaparición de las formas no capitalistas de producción. La consecuencia de este proceso es la transformación progresiva de la clase trabajadora en un ejército de asalariados. La tendencia a la desaparición de las relaciones no asalariadas disminuye las posibilidades de sustitución o reemplazo de la fuerza de trabajo deteriorada en el nexo capitalista por otra reclutada fuera de este. Una proporción cada vez mayor de trabajadores depende, para reproducir su fuerza de trabajo, de la venta de esa única mercancía que poseen. Actualmente son bastantes los países periféricos donde la relación salarial sobrepasa el 50% de la PEA, pero sin alcanzar las dos terceras partes de dicha PEA. El análisis de esta situación, con mayor potencial revolucionario, lo dejamos para un momento posterior en este trabajo.

Hoy, en muchos países más de dos terceras partes de la PEA son asalariadas. En primer lugar tenemos ahí todos los países europeos, incluyendo a Rusia y los países de Europa Oriental. Luego están los EE. UU., Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón, todos con más del 80% de asalariados y en algunos casos más del 90%. Sin embargo, bastantes países periféricos se hallan también en esta situación. En América Latina tenemos a Surinam (80%), Argentina (75%), Costa Rica (73%), Chile (72%), Uruguay (70%) y Panamá (69%). En el Caribe hay muchas pequeñas islas con más del 66% de asalariados en la PEA, entre las cuales Antigua, Aruba, Bahamas, Barbados, Cuba, Islas Caimán, Saint Kits, San Vicente y Trinidad y Tobago. Todos superan el 80%. En Asia tenemos a Qatar (99%), Emiratos Árabes Unidos (97%), Brunei (95%), Macao (China) (91%), Hong Kong (89%), Omán (88%), Israel (87%), Singapur (85%), Taiwán (75%), Malasia (74%) y Corea del Sur (68%). En África mencionamos a África del Sur (82%), Seychelles (81%), Mauricio (79%), Suazilandia (76%), Botsuana y Namibia (73%), y Santo Tomé y Príncipe (71%).

La disminución del nexo no capitalista a menos de un tercio de la PEA, limita la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Los capitalistas, como clase, se ven obligados entonces a prolongar la vida media útil del trabajador. Para mantener la productividad del trabajo a través de un período productivo cada vez más dilatado es preciso conservar la fuerza de trabajo, porque solo de esta forma se preserva esta fuente de ganancia. Históricamente, la primera seguridad social se introdujo en el último cuarto de siglo XIX en Alemania y luego se difundió a otras naciones europeas. En América Latina el seguro social se instauró primero en Chile (1923) y pronto se introdujo en Uruguay y Argentina. En Costa Rica se estableció en 1948, cuando dos terceras partes de su PEA se encontraban bajo relación salarial. En 1985 los países latinoamericanos con más del 70% de la PEA asegurada eran Argentina, Chile, Uruguay, Costa Rica, y las mencionadas islas caribeñas como Trinidad y Tobago. En Cuba, había una cobertura universal.

La prolongación de la vida media útil de los trabajadores como asalariados desplaza la edad media hacia edades superiores. Verbigracia, la edad mediana de los trabajadores bajo relación salarial en Costa Rica tiende hacia los 45 años frente a menos de 30 en Honduras. Luego, para mantener los mismos niveles de productividad se requiere siempre más conservar la fuerza de trabajo, vale decir, seguridad social. Ahora, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo en el nexo capitalista exige de manera creciente el reemplazo generacional. Y la capacidad de reemplazo intergeneracional se garantiza básicamente mediante la reproducción de la fuerza de trabajo en el plano familiar. A partir de entonces, la preservación y reproducción de la fuerza de trabajo en el ámbito familiar se vuelve una condición necesaria para la reproducción del capital. Este solo se puede reproducir como capital en tanto la reproducción de la fuerza de trabajo esté garantizada a este nivel, esto es, garantizando la capacidad de reemplazo intergeneracional. La importancia de la familia nuclear adquiere desde ese momento dimensiones históricas. En esta época, la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo es relativamente reducida.

No podemos entrar en cada caso y tenemos que conformarnos con ciertos ejemplos. En los años ochenta y noventa del siglo XX, más del 60% de los hogares costarricenses estaban constituidos por parejas solas y parejas con hijos solteros. Los hogares más extendidos (la familia nuclear con hijo casado o con pariente solo) representaban un 20% del total. Es una herencia de tiempos pasados. Los hogares monoparentales en Costa Rica no pasan del 10% y los unipersonales son apenas el 5%. Las dos

modalidades juntas no sobrepasan el 15% de los hogares (véase, Reuben, 1986: 16; Kuhlmann y Soto, 1995: 96). En cambio, esas últimas dos formas juntas representan hoy el 60% de todos los hogares en Alemania y el 67% en Suecia y Dinamarca. En estos países, como veremos más adelante, la reproducción de la fuerza de trabajo ya no ocurre más en el plano familiar.

En Costa Rica, el seguro social comenzó con la cobertura del asegurado directo, esto es, asegurando nada más al propio trabajador. La conservación de la fuerza de trabajo solo adquirió carácter familiar a lo largo de los años, cuando se evidenció la necesidad del reemplazo intergeneracional. Así por ejemplo, en 1954 el 24% de la PEA (los asegurados directos) se encontraba bajo cobertura, frente a apenas el 7% de la población total. Fue a partir de la segunda mitad de los años setenta, cuando más del 70% de la PEA del país trabajaba como asalariado, que el asegurado familiar empezó a tener mayor cobertura, de ahí que en 1980 el seguro social cubría el 74% de la población total contra el 67% de la PEA. Como resultado, el país tiene hoy una expectativa de vida de 79 años, la más alta de América Latina y solo levemente inferior a la de Alemania (Miranda, 1994: 122-24; Memoria CCSS, 1995: 7).

A medida que se generaliza la relación salarial, desde el punto de vista de la burguesía se hace necesaria la mejor reproducción y conservación de la fuerza de trabajo, y se fortalece la posición de fuerza de la clase trabajadora para exigírsela. En otras palabras, al mismo tiempo que desaparece el nexo no capitalista y disminuye la capacidad de reemplazo de los trabajadores, se fortalece la capacidad reivindicativa de estos. En segundo lugar, con la generalización de las relaciones salariales en más sectores y grandes empresas, crece objetivamente la capacidad organizativa de los trabajadores. Como consecuencia, los salarios tienden al alza y la jornada laboral a la baja. Por eso, un mismo trabajo en un país con baja capacidad de reemplazo es mejor pagado que en una nación con una capacidad sustitutiva más elevada. De ahí también, que los flujos migratorios suelen ser de estos últimos países hacia aquellos con mayor estabilidad económica y social.

En el momento que objetivamente la capacidad combativa de la clase trabajadora sube, la burguesía, como clase, comienza a ser parte interesada en materia de una mejor reproducción y conservación de la fuerza laboral. De igual modo, a partir de ese momento histórico las luchas en materia salarial y condiciones de trabajo tienden cada vez menos a llevar a las partes al campo de batalla y más a la mesa de negociación. Los sindicatos suelen adquirir entonces carácter institucional legal. Todo esto empieza a

tener la apariencia de una relación pacífica entre dos clases antagónicas. Y el Estado, antes esencialmente un poder represor, adquiere ahora forma democrática. Es la era de la democracia burguesa y el principio del llamado Estado de Bienestar.

Los aumentos salariales, las restricciones al trabajo infantil y femenino, la necesidad del seguro social, entre otros, limitan la fuente de plusvalía absoluta y complican la posición de competencia de la burguesía frente a las de otros países donde la relación salarial no está generalizada. Para garantizar su posición competitiva, a la burguesía no le queda otra alternativa que incrementar la productividad del trabajo. Esto demanda mayor desarrollo tecnológico, que a su vez requiere un proceso de educación generalizado y más desarrollado. Surge entonces la fuerza de trabajo calificada, distinta de la no calificada. El desarrollo cuantitativo de la relación salarial lleva, pues, a su desarrollo cualitativo: la fuerza de trabajo comienza a diferenciarse cualitativamente.

Cuanto más especializada sea la fuerza de trabajo, menos abundantes suelen ser los centros para su formación (reproducción). Y cuanto menos centros de formación haya para reproducir determinada fuerza de trabajo calificada (mediante la constitución de gremios profesionales), tanto menor su capacidad de reemplazo, tanto mayor su posibilidad de ejercer influencia sobre su oferta en el mercado de trabajo y, por ende, tanto mayor tenderá a ser su salario en el mercado (Dierckxsens, 2000: 52). Ahora, cuanto mayor sea el costo de reproducción de la fuerza de trabajo, mayor importancia adquiere su conservación. De ahí, por ejemplo, que en 1963 el seguro social de Costa Rica cubría el 70% de los profesionales (menos sustituibles) contra el 32% de los obreros (más sustituibles) y únicamente el 1,3% de los campesinos del nexo no capitalista. En 1991, en cambio, el 71% de los obreros (cada vez menos sustituibles) estaba asegurado, e incluso el 30% de los campesinos independientes algo más acomodados (con capacidad de pago) contaba con seguro voluntario (3).

Conforme hay un mayor desarrollo tecnológico, mayor también la demanda de fuerza de trabajo calificado. Pero como las familias con más educación tienden a tener menos hijos que aquellas con escasa formación, dicha demanda resulta mayor que su oferta. Y es que la fuerza de trabajo no calificada recibe un salario para reproducirse como no calificada y no según las aspiraciones que tenga para con sus hijos. Los trabajadores con familias más pequeñas que la media social, por su parte, pueden utilizar los recursos y la energía que de otro modo dedicarían a criar más hijos, para el ascenso social de menos hijos que la media social. En efecto, al tener menos hijos que el promedio social, los gastos de reproducción de la fuerza de trabajo (familiar) son menores. Este ahorro puede

utilizarse para el ascenso social, vale decir, para acrecentar las posibilidades de obtener un mejor ingreso para sus hijos. Aquí el Estado tiene un papel en la construcción y el manejo de escuelas y colegios públicos. Con todo, lo cumplirá fundamentalmente en tiempos de expansión, y mucho menos en épocas de contracción como la que se vive en la actualidad; es decir, solo lo hace acorde con la demanda del capital.

Para lograr la movilidad social ascendente, la unidad familiar se transforma en una unidad estratégica con tal fin. Así, el promedio de hijos por familia desciende de modo paulatino según la fracción de clase. En 1985, por ejemplo, la tasa global de fecundidad de las mujeres costarricenses con ingresos altos era de 2,2 frente a 5,1 entre mujeres con ingresos más bajos. Parte de los costos del ascenso social, por tanto, es cubierta por la propia clase trabajadora. Debido a la gran energía y el esfuerzo que implica este ascenso social, el capital, además, recluta la fuerza de trabajo calificada mejor motivada. Finalmente, la movilidad social ascendente, por un lado, hace aparecer a la sociedad como si estuviera estratificada y, por otro lado, como dependiendo de la voluntad del propio individuo qué posición ocupa dentro de ella. Esto da pie a una ideología pequeñoburguesa con una concepción reformista.

Cuanto mayor sea el grado de formación de la población, más elevadas las tasas de participación en la PEA. La baja capacidad sustitutiva de la fuerza de trabajo calificada masculina, suscita la necesidad de incorporar a las mujeres calificadas al mercado de trabajo. Por eso, las tasas de participación de personas calificadas son altas y no muy diferentes entre varones y mujeres. Esto es válido para todos los países sin importar la capacidad de reemplazo a nivel de la sociedad en su conjunto, como hemos mostrado empíricamente en el estudio *Del neoliberalismo al poscapitalismo*. Para que el movimiento de ascenso social de generación en generación tenga continuidad, se debe reducir también la fecundidad de una generación a otra. Luego, el promedio de hijos por mujer desciende de manera constante hasta llegar, finalmente, al extremo de no garantizar más el reemplazo generacional, situación que acontece hoy en todos los países centrales y más allá de ellos.

El capitalismo no solo exige fuerza de trabajo calificada en bruto, la exige además con experiencia. Una parte de la formación de la fuerza de trabajo calificada se recibe entonces a través de la experiencia. Y la fuerza de trabajo con experiencia suele ser menos reemplazable que la que carece de ella y, por lo tanto, suele ser mejor pagada. La acelerada innovación tecnológica, sin embargo, torna rápidamente obsoleta la experiencia obtenida con anterioridad; por eso, los adultos mayores se convierten en

obstáculo para acrecentar o incluso mantener la productividad del trabajo. Las generaciones mayores (incluso las muy calificadas) se vuelven, en fin, más reemplazables y tienden a ser un estorbo para el capital y los capitalistas, como clase, se ven obligados a reemplazar esta fuerza de trabajo por otra más joven y actualizada. Solo que con la contracción del nexo no capitalista, se agota asimismo la posibilidad de expulsar fuerza de trabajo hacia él; de ahí la necesidad histórica del retiro de tal fuerza de trabajo mediante el seguro de vejez. Primero se introduce este seguro para la fuerza laboral más calificada y más tarde, cuando su capacidad de reemplazo también se limita, a la menos calificada.

4. La obsolescencia planificada: la capacidad de reemplazo de los productos

El constante desarrollo de las fuerzas productivas implica una reducción del trabajo necesario para producir la misma masa de productos o valores de uso. Dicho de otro modo, una misma masa de trabajo es capaz de generar un creciente volumen de productos y valores de uso, sin aumentar la masa de valor. La consecuencia es una economía de escala. La masificación de la producción desplaza el centro de gravedad de los problemas de la producción hacia los de la reproducción. De esta forma, aparentemente, se agudiza la contradicción entre las capacidades productivas ilimitadas y los límites de la demanda efectiva en el mercado. He aquí la esencia de toda crisis capitalista. La realización de los productos y valores de uso condiciona a su vez la realización de los medios de producción, ya que sin la venta de los primeros, se vuelven superfluos los últimos.

En realidad, la sociedad capitalista produce de manera creciente productos y servicios dispensables y hasta destructivos, esto es, que no reafirman la vida de la colectividad. Las ‘necesidades’ individualizadas, de las que hablan los economistas neoclásicos, parecen ilimitadas. No satisfacen las necesidades reales de la vida de la colectividad, pero permiten la reproducción del capital. He aquí la esencia de la racionalidad vigente. Igualmente, se hacen productos más desechables. Cuando se planifica un incremento del desgaste físico o moral (por la moda) de los productos, crece la llamada propensión al consumo. Lo mismo sucede cuando se generan productos y servicios dispensables o incluso destructivos.

Al acortarse la vida media de los productos, el trabajo ‘necesario’ para reproducir la fuerza de trabajo reducida por el desarrollo tecnológico, ha de repetirse por haberse acortado la vida media de los productos como valores de uso. La riqueza en valor producida aumenta a costa de su permanencia como valor de uso. La reducción de la vida media de los valores de uso, entonces, opera como si se hubiese invertido trabajo superfluo para producir la misma riqueza presente. Desde la óptica de los valores de uso o de contenido de la riqueza, la productividad del trabajo ha disminuido. Sin embargo, al acortarse la vida media de los valores de uso, se acorta el ciclo de reproducción del capital y de la realización de valores y ganancia. Desde la óptica del valor y la ganancia, la productividad del trabajo aumentó. Esta es la esencia de la racionalidad vigente.

Durante la era keynesiana, las fronteras nacionales constituían el espacio económico por excelencia dentro del cual se reproducían el capital y la fuerza de trabajo. La economía de escala y el consumo en masa con políticas más liberales, solo son posibles en países con una población numerosa como los EE. UU. La introducción de una economía de escala demanda otras políticas de reproducción de la fuerza de trabajo en naciones con una población relativamente pequeña como Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda o Canadá. Una mayor nivelación del ingreso facilita la demanda efectiva en los países centrales más pequeños. Una distribución niveladora y más equitativa de la masa salarial, permite que la economía de escala funcione aun en naciones pequeñas. He ahí la tierra más fértil para la socialdemocracia y el Estado de Bienestar.

En los países centrales con menor población, las reivindicaciones de la clase trabajadora suelen coincidir en mayor grado con los intereses del gran capital. Estas sociedades se nos aparecen como siendo capaces de satisfacer necesidades ilimitadas para la colectividad. Aparecen como sociedades de bienestar para las grandes mayorías, donde hay un mayor grado de igualdad de derechos económicos y sociales. Pero, en esencia no se trata del paraíso en tierra, sino de un consumo bien repartido para incrementar la demanda efectiva y así garantizar mejor la reproducción del capital. El reformismo y la alienación adquieren aquí su expresión máxima.

Ahora bien, conviene aclarar que no es posible acortar por igual la vida media de todos los productos. Es más difícil manipular la vida media de las materias primas y los productos agrícolas que la de los bienes de consumo duradero o los medios de producción. Los países periféricos se han especializado en la producción y exportación de materias primas y productos agropecuarios, debido a la división mundial de trabajo entre centro y periferia y sus relaciones de poder. Y la vida media de estos productos no

se puede manipular con tanta facilidad. Apenas recientemente, empresas como Monsanto han conseguido manipular genéticamente las semillas, obligando a volver a comprarlas después de cada cosecha. Los países centrales, en cambio, se especializaban en bienes de consumo duradero y maquinaria, cuya vida media se puede acortar de manera planificada. Con ello se abre la era de la obsolescencia planificada y crece la demanda efectiva de los productos de los países centrales, pero no así de los productos de la mayoría de los países periféricos.

Mientras los países periféricos no protejan su proceso de industrialización, han de importar productos de una vida media cada vez más corta. Y para poder comprar esos productos siempre más desechables, se ven obligados a ofrecer más cantidad de sus productos cuya vida media no es manipulable. El resultado: una sobreoferta internacional de estos productos con una demanda efectiva mucho menos elástica, cuyos precios de exportación tienden entonces a la baja, lo contrario de lo que sucede con sus importaciones. Con el transcurso del tiempo los términos de intercambio de los países periféricos empeoran, es decir, su poder de compra disminuye. Para poder sostener la demanda efectiva sin capacidad de pago, ellos se han endeudado con los países centrales.

Entre 1970 y 1982, por ejemplo, el poder de compra de los países latinoamericanos (no exportadores de petróleo) se redujo a dos tercios de lo que fue en 1970. La deuda externa alcanzó en 1982 el 33% del producto interno bruto, unas tres veces el valor de las exportaciones (CEPAL, 1984: 50, 63s). Desde entonces, las políticas neoliberales estrangulan a todos aquellos países periféricos que se encuentran en la misma situación. La consecuencia es un estancamiento en el desarrollo de la relación salarial por décadas, como veremos más adelante.

5. La capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo masculino y femenino

En los países centrales el cuadro es exactamente al revés. Con la reducción de la vida media de los productos la rotación del capital aumenta sin cesar, elevando la tasa de ganancia. En la época de la segunda posguerra —la era keynesiana— se produjo en los países centrales un crecimiento sostenido del capital, lo que implicó una acelerada generalización de la relación salarial. Esta incorporación generalizada de la fuerza de trabajo supuso, en primer lugar, la absorción de toda fuerza de trabajo masculina

disponible en un país. Así, en 1970, más del 87% de la PEA *masculina* en Suecia, Canadá y los EE. UU., estaba asalariada; en Suiza, Alemania, Holanda y el Reino Unido, más del 85%. En Australia, Nueva Zelanda, Noruega, Luxemburgo, Dinamarca y Francia, el 80% o más. Más atrás venían países como España (73%), Japón (70%) o Portugal (66%), (OIT, 1990).

Desde entonces, la capacidad de reemplazo de la mano de obra masculina se redujo mucho y tendió a presionar sobre el alza salarial. No extraña que en este contexto, a partir de los años setenta se promocionara la incorporación masiva de las mujeres a la actividad económica. En Suecia, por ejemplo, entre 1970 y 1991 la participación de las mujeres con edades de 30 a 60 años aumentó por encima del 75%. En 1991, la participación femenina era levemente más baja (5% en promedio) que la masculina en esas edades. Durante el mismo período, en España y Portugal la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo masculina aún era elevada. La participación de las mujeres entre los 30 y 60 años, por consiguiente, era todavía relativamente baja en la década de los setenta (inferior al 15%). Entre 1971 y 1992, también en España la participación femenina se incrementó de forma sustancial; no obstante, los niveles de participación de las mujeres españolas en 1992 eran aún más bajos que los observados en Suecia veinte años antes.

Un efecto de la generalización de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, fue la menor capacidad de reemplazo de esta fuerza de trabajo. En 1991, más del 90% de los hombres y las mujeres suecos con edades de 50 a 54 años trabajaban, y más del 80% entre 55 y 59 años de edad. Esto revela una muy limitada capacidad de reemplazo de ambos sexos, con lo cual los salarios tienden a nivelarse. En 1974, por ejemplo, en un 55,5% de los casos las mujeres estadounidenses ganaban menos del 75% del salario medio, cifra que veinte años después, en 1994, se redujo a 42,5%. En el Reino Unido este cambio fue de 17%, pasando de 64,3% a 53,3% entre 1974 y 1986.

Como consecuencia de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo creció la capacidad de reemplazo de los varones, lo que rebajó la presión sobre el alza salarial. Así, el porcentaje de varones estadounidenses que ganaba menos del 75% del salario medio pasó del 18,4 al 27,3% entre 1974 y 1994. En el Reino Unido, ese porcentaje subió de 11,2% en 1974 a 22,1% en 1986, un alza del 97% en doce años. Aunque se mantienen claras diferencias salariales por género, la tendencia a la nivelación se da, por ende, por dos vías: una tendencia a la baja del salario de los varones y otra al alza del de las mujeres (OIT, s. f.: 72s).

Bajo estas nuevas condiciones, la división familiar del trabajo ha de permitir que el hombre no se dedique con exclusividad a la producción de ganancia. Las mujeres dejan de ser amas de casa con dedicación exclusiva. En otras palabras, la división familiar del trabajo existente no permite que las mujeres se dediquen de forma óptima a lo esencial: estar al servicio del capital. Se precisa, pues, un cambio en dicha división para que ambos, varones y mujeres, estén al servicio del capital. En el pasado, cuando las mujeres profesionales participaban en el mercado laboral casi con la misma intensidad que sus iguales varoniles, se solía contratar personas con menos formación para las tareas domésticas. Con la generalización de la participación femenina en el mercado de trabajo, esta posibilidad de reemplazo se agota. Es a partir de aquí que la lucha femenina por los mismos derechos económicos, sociales y políticos, despegaba realmente. Con todo, la generalización del trabajo asalariado entre las mujeres no significa que ellas dejen de estar subordinadas en la sociedad como un todo. En lugar de dedicarse a toda clase de trabajos al servicio de sus maridos y familia, o sea, de estar subordinadas al trabajo pagado de sus parejas, ahora suelen ser contratadas en trabajos al servicio de los demás en la sociedad y en roles de subordinación. Al respecto, los puestos directivos y gerenciales muestran un sesgo masculino muy acentuado. Por tanto, la subordinación del trabajo no pagado al pagado, funcional para la acumulación más eficiente del capital en tiempos pasados, es sustituido ahora por trabajos femeninos mal pagados y en roles de subordinación a trabajos directivos y gerenciales masculinos en la sociedad como un todo.

En apariencia, esta situación se nos presenta como de subordinación de la mujer al hombre. Pero en esencia, el capital explota los diferentes recursos humanos según la productividad esperada en los diversos trabajos. En otras palabras, los empresarios esperan un mejor rendimiento de las mujeres en papeles de subordinación que de los hombres. Esta situación tiende a cambiar con el tiempo merced a las luchas de mujeres, sin embargo ello podría abarcar generaciones, al igual que sucede con la división del trabajo en el hogar. En tanto esta situación se reproduce en el tiempo, conlleva una relativa segregación de los mercados de trabajo por género, tal como sucede a partir del racismo.

Con la generalización del trabajo femenino en el mercado laboral, la unidad familiar se vuelve cada vez más superflua como unidad de reproducción de la fuerza de trabajo. Las mujeres ya no necesitan del matrimonio para poder reproducir su fuerza de trabajo, pues lo pueden hacer de manera individual. Así, la 'emancipación' de la mujer durante

el capitalismo, supone la ‘emancipación’ del individuo. Este proceso de emancipación aparece como si cada individuo viviera para sí y se realizara para sí, cuando, en esencia, viven y trabajan para el capital. Para poder hacer carrera individual es imposible tener hijos a tempranas edades. Con un solo salario, difícilmente se tengan más hijos. De ahí que en Suecia, Dinamarca y Holanda, los hogares unipersonales son el doble de frecuentes que los hogares monoparentales. Ellos juntos representan más de dos tercios de la totalidad de hogares en Suecia y Dinamarca, el 60% en Alemania y más del 50% en Holanda y Canadá. La tasa global de fecundidad de todos y cada uno de estos países, por consiguiente, se halla muy por debajo de la capacidad de reemplazo generacional. En 2010, la tasa global de fecundidad para Alemania era de 1,42 hijos por mujer, en Canadá 1,58, en Holanda 1,66, en Suecia 1,67 y en Dinamarca 1,74.

6. La migración internacional, último resorte para el reemplazo generacional

Cuando el trabajo femenino se generaliza, la masiva inmigración a los países centrales permite, al menos en el corto plazo, una mayor capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo no-migrante que disminuye la presión sobre el alza de los salarios, tanto de hombres como mujeres. La migración suele darse desde los países periféricos hacia los centrales. En el siguiente análisis dejamos de un lado la migración entre los países del antiguo bloque soviético. Distinguimos, en primer lugar, unos corredores de migración desde la periferia hacia el centro. Los principales corredores son: México-EE. UU., con 11,6 millones de migrantes; Turquía-Alemania, con 2,7 millones; China-EE. UU., con 1,7 millones; y Filipinas-EE. UU., también con 1,7 millones.

Los principales receptores de migrantes son los EE. UU. con 42,8 millones, Alemania con 10,8 millones, Canadá con 7,2, el Reino Unido con 7,0, España con 6,9, Francia con 6,7 y Australia con 5,5 millones. Los principales países de emigración son México y la India con 11,9 y 11,4 millones de migrantes, respectivamente. Pero aunque México ocupa el primer lugar en términos absolutos, en términos relativos la migración internacional evidencia un verdadero éxodo en determinados países de la periferia. De Guyana ya emigró el 56,8% de su población, de Albania el 45,4%, de Surinam el 39%, de Jamaica el 36,1%, de Trinidad y Tobago el 26,7%, de Portugal el 20,8% y de El Salvador el 20,5% (World Bank, 2011).

Nos preguntamos hasta cuándo la migración internacional constituirá un resorte para sostener la capacidad sustitutiva de la fuerza de trabajo. Ya vimos en la primera parte que a mediano plazo la inmigración no garantiza la capacidad de reemplazo generacional, por lo el envejecimiento progresivo de la población es inevitable. Vimos también que las mujeres migrantes suelen tener patrones de reproducción cada vez más parecidos a los de los países receptores. Por tanto, fuertes olas migratorias pueden frenar el envejecimiento de la población en los países centrales, sin embargo este proceso continuará si la tasa global de fecundidad no garantiza el reemplazo generacional. Más aún, al retardarse la inmigración, como acontece en este período de crisis, dicho envejecimiento se acentuará.

Las actuales políticas de corte neoliberal apuntan a recortar el gasto para la tercera edad subiéndolo, entre otras cosas, la edad para pensionarse. Alrededor del año 2000, en países con un envejecimiento más avanzado como Japón, la edad media para pensionarse era de 68,5 años para los varones y 64,7 para las mujeres, y las tasas de actividad entre los 60 y 64 años eran de 76% para los varones y 37% para las mujeres. En los EE. UU., la edad de pensionarse era 64,6 años para los varones y 63,4 para las mujeres, y la tasa de actividad de los varones entre 60 y 65 años era de 55% y la de las mujeres 35%. En el Reino Unido y Canadá, la edad de pensionarse era 62,5 para los varones y 60,5 para las mujeres. Las tasas de actividad entre 60 y 65 años en Canadá eran de 48% para los hombres y 25% para las mujeres y en el Reino Unido 57% para los varones y 22% para las mujeres. En Holanda y Alemania, la edad para pensionarse era de 60,4 para los varones y 60 para las mujeres. Las tasas de actividad entre 60 y 64 años en Alemania eran 31% para los varones y 10% para las mujeres y en Holanda 22% para los varones y 8% para las mujeres. La cifra anterior corresponde aproximadamente a la cuarta parte de lo observado en Japón.

De los datos anteriores resulta claro que posponer la edad de jubilarse implica posponer la única decisión por tomarse: fomentar la vida de las nuevas generaciones. De no resolverse este dilema bajo la racionalidad vigente, lo que es difícil de esperar, los países centrales pronto podrán considerarse como naciones inviables pues se quedarán sin población en la base, como ya señalamos en la primera parte de este estudio.

III. La capacidad de autodestrucción del sistema

1. La incapacidad de reemplazo tecnológico: límite interno de la racionalidad

En los años cincuenta del siglo pasado, además del automóvil popular, llegaron al mercado toda clase de electrodomésticos. Tal vez el invento que más ha logrado acortar el tiempo de trabajo no pago en el hogar ha sido la lavadora. Para algunos autores este invento ha sido más revolucionario que Internet. Electrodomésticos como la refrigeradora, la aspiradora y la mayor movilización popular contribuyeron también a ello. Desde su introducción, sin embargo, la vida media de todo producto de consumo duradero se ha acortado de modo paulatino. Es la era de la destrucción creativa en pleno ascenso. La vida media de todos los productos de consumo duradero tiende a la baja, y en muchos casos la expectativa de vida se acerca a cero al no usar los valores de uso adquiridos. Un creciente número de productos lanzados al mercado son dispensables, superfluos e incluso destructivos. La rotación de capital aumenta conforme se acorte la vida media útil de los productos y con ello aumenta la masa y, por ende, la tasa de beneficio, amén de la racionalidad vigente.

La obsolescencia planificada no solo se da en el caso de los productos de consumo duradero. También dentro de las empresas se constata una reducción programada de la vida media útil del capital fijo, es decir de los edificios y las maquinas utilizadas en ellas, mismas que son reemplazadas con velocidad creciente a pesar de que tecnológicamente estén todavía en perfecto estado. Al hacerlo, acceden con más rapidez a la tecnología de punta para triunfar en la competencia, toda vez que las empresas que deprecian contablemente el capital fijo a mayor velocidad que la media, obtienen una ganancia extraordinaria. Este proceso, que se ha dado de manera gradual desde la Segunda Guerra Mundial, acelera el incremento en la composición orgánica del capital en el sector de bienes de consumo.

Ahora bien, el costo del reemplazo de una tecnología por otra más sofisticada debe transferirse al producto final. Este costo anual aumenta conforme disminuye la vida media útil de la tecnología utilizada por las empresas. Cuando esa vida media se acerca a cero, el costo de la renovación tecnológica tiende al infinito. Hasta fines de la década de 1960, el proceso de sustitución tecnológica fue un factor clave para acrecentar la competitividad del capital productivo. En los años veinte del siglo XX, la vida media útil de las edificaciones era de 50 años para las fábricas y de 100 para las granjas, mientras la de la maquinaria era de unos 30 años. En 1965, la vida media de las

edificaciones de las fábricas había bajado a 30 años y la de la maquinaria a 17. Y entre 1987 y 1999, la vida media del capital fijo (incluyendo la informática y la comunicación, además de las edificaciones y la maquinaria pesada), se acortó de 14 a 7 años en los EE. UU. y de 11 a 5 en Japón (Dierckxsens, 1997: 104s).

Como se dijo, el sustituir una empresa la tecnología empleada en la producción por otra más sofisticada y haciéndolo con más rapidez que la competencia, le proporcionaba una ganancia extraordinaria. Esta tasa de ganancia tendía efectivamente al alza, siempre y cuando el incremento del costo del reemplazo tecnológico fuese compensado de sobra por el ahorro obtenido en planilla con la introducción de la nueva tecnología. El ahorro en la fuerza de trabajo se debía al aumento de la productividad del trabajo obtenido con la nueva tecnología. Este aumento permanente en la composición orgánica del capital parecía un mecanismo infinito. Aumentar la tasa de beneficio extraordinario parecía carecer de límites.

Hacia fines del decenio de 1960 se evidenciaron los primeros límites de la renovación tecnológica; se percibió, en efecto, una tendencia a la baja de la tasa de beneficio entre las empresas líderes en el ámbito productivo. Lo que sucedió fue que el mismo proceso de destrucción creativa había acortado a tal extremo la vida media de la tecnología, que el costo de reemplazo tecnológico tendía al infinito. Debido a la acelerada depreciación, el aumento del costo de tal reemplazo ya no podía ser compensado por una rebaja del costo de la fuerza de trabajo una vez introducida la nueva tecnología. Dicho de otra forma, cuando el tiempo útil de la tecnología utilizada se reduce al extremo, la productividad del trabajo (en términos de valor) disminuye al usar dicha nueva tecnología. La obsolescencia planificada pudo ser retomada en la década de 1990, cuando la informática y la comunicación permitieron ir más lejos en esa materia que con la maquinaria pesada y los edificios. No obstante, a principios de este milenio también este espacio se agotó.

Con el agotamiento de su fuente de beneficio, el proceso de destrucción creativa encuentra su límite y el capital productivo entra en una crisis estructural. El neoliberalismo, con todo, no reconoce que la renovación tecnológica se ha tornado impagable, lo que hace es culpar a los altos salarios y cuestionar la inflexibilidad laboral. Por eso, al limitarse la posibilidad de una extracción de plusvalía relativa, con el neoliberalismo asistimos a un retorno a toda costa a la extracción de plusvalía en forma absoluta. Explora para ello todas las modalidades habidas y por haber en la historia de la humanidad. Ella se busca no solo mediante la absorción de mano de obra migrante más

barata en los países centrales, sino asimismo a partir de la fuga de las inversiones de capital productivo hacia países con una sobrepoblación relativa mayor.

En este sentido, China es la nación con la mayor capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo, y lo será por décadas en vista del volumen de su población. En efecto, con una población superior a 1,3 mil millones de seres humanos y un inigualable nexo no capitalista, China cuenta con una capacidad de reemplazo espectacular y ofrece salarios competitivos para rato. En otras palabras, China es un 'El Dorado' para la inversión extranjera. No extraña, por tanto, que casi un tercio de las inversiones extranjeras directas hacia los países periféricos se dirijan a China (incluyendo Hong Kong), lo que en términos absolutos es más de lo que recibió América Latina en su conjunto. China (incluyendo Hong Kong) se transformó en los años noventa en el principal exportador de productos manufactureros procedentes de países periféricos. El país tuvo una participación relativa de casi el doble que México y Brasil juntos (Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, 2004: 29, 31). Esta tendencia implica un desplazamiento del ámbito productivo hacia los países periféricos. Ya a principios de los años noventa, la parte del empleo industrial mundial correspondiente a los países periféricos alcanzaba el 53% (Freeman, 1994). En 2005, la participación en el comercio internacional de las 500 mayores corporaciones mundiales ubicadas en estos países alcanzó casi un tercio de todo el comercio mundial (Berger, 2005).

Por otro lado, con la exportación de capital productivo hacia naciones periféricas sube la capacidad de reemplazo en los países centrales. Esto se refleja en la flexibilización laboral, a saber, una menor estabilidad laboral, salarios más bajos, en fin, el desmantelamiento de la seguridad social, del propio Estado de Bienestar, en los centros de poder. Ya desde 1973 aumentaron las tasas de desempleo en los países centrales, sobre todo en la fuerza de trabajo menos calificada. Según la OIT, a principios de los años noventa la tasa de desempleo de la cuartilla menos calificada en Alemania era de 11% frente a 3,6% una década antes; en el Reino Unido, 11,6% frente a 5,9%; en Francia, 8,9% frente a 3,9%. En los EE. UU. y Canadá, el alza del desempleo empezó antes. Por eso el contraste en los EE. UU. es menor: 8,1% de desempleo en la cuartilla menos calificada en 1990 frente a 6,4% una década antes, y en Canadá, 9,3% frente a 6,7% diez años atrás.

Entre los trabajadores más calificados el desempleo crece levemente y siempre con cifras mucho menores. De este modo, si a principios del decenio de 1990 el desempleo entre los trabajadores menos calificados de Alemania era del 11,0%, en la cuartilla más

calificada alcanzaba apenas el 4,2% frente a 1,7% diez años antes. En Francia 8,9% frente a 3,1%, con un ligero ascenso desde 2,6% diez años atrás; en los EE. UU. 8,1% frente a 2,3%, levemente superior al 1,8% de una década antes; y en Canadá 9,3% frente a 3,5%, también ligeramente superior al 2,6% un decenio antes. Con el aumento de la capacidad de reemplazo de la mano de obra no calificada, tiende a disminuir su capacidad de negociación, reforzando la tendencia anterior.

Durante la era neoliberal, la principal fuga del capital fue desde el ámbito productivo hacia el sector financiero y especulativo en los propios países centrales, lo que precisamente condujo a la gran crisis de hoy. No entraremos ahora en este tema, pues ya lo hicimos en otros textos. Lo que aquí importa señalar es que, en los países centrales, ya no hay posibilidades de retorno al ámbito productivo. La competencia ya no puede darse a partir de la nueva tecnología, sino de la mano de obra más barata con la tecnología existente. En Occidente, el capital productivo no retornará a los niveles anteriores. Con ello la crisis actual perdurará en los países centrales, lo que a largo plazo significa cuestionar el sistema en sus raíces.

2. La incapacidad de reemplazo de la naturaleza: límite externo de la racionalidad

El acortamiento de la vida media de todo lo que se produce ha llevado a una más agresiva explotación de los recursos naturales y la progresiva contaminación ambiental. Con esta llamada destrucción creativa el capitalismo revela hoy su propia capacidad destructiva. El pensamiento económico actual prevé un consumo exponencial de recursos minerales y fósiles, sin embargo, la madre tierra ya no da más. Incluso el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático o el Consejo Mundial de la Energía con sus modelos y proyecciones críticas solo consideran diferentes escenarios de demanda de energía para alarmarnos sobre el calentamiento global, pero no contemplan la capacidad de su oferta. Es decir, implícitamente suponen una capacidad ilimitada del planeta para suministrarla. La realidad, con todo, es que los recursos naturales no renovables están llegando al límite de su extracción. Y la concentración de los recursos naturales escasos y estratégicos en los países periféricos, es otra desventaja objetiva para el futuro económico de los países centrales que sin duda preocupa al Club Bilderberg.

Mientras perdure la civilización occidental basada en la racionalidad económica vigente de un 20% de la población mundial, el crecimiento económico sostenido es un supuesto. Mientras el ritmo de crecimiento continúe de manera exponencial, la demanda de recursos naturales también lo hará de esa forma. En la actualidad, anualmente, más del 80% de estos recursos se dedica a satisfacer la demanda del 20% de la población mundial. El 40% de la población más pobre muy probablemente demande menos del 5% de dichos recursos. Por eso, un decrecimiento de la población de los países centrales del medio por ciento, bajaría la demanda de recursos en un 2%. Por tanto, si esto se lograra como plan quinquenal, a mitad del siglo, la demanda anual bajaría a nivel mundial un 16%. Este cambio aliviaría más al ambiente que el crecimiento de la población en los países periféricos más pobres. En efecto, un aumento de la población en los países más pobres de un 30% (que la ONU proyecta de aquí al 2050), incrementaría la demanda anual de recursos para ese año en apenas 1,5%. Queda claro que la tesis de los ecologistas occidentales neomaltusianos que predica el control natal particularmente en los países más pobres, carece de fundamento. Lo que hay que cuestionar es el modo irracional de consumo y de producción en Occidente y su proceso de mundialización.

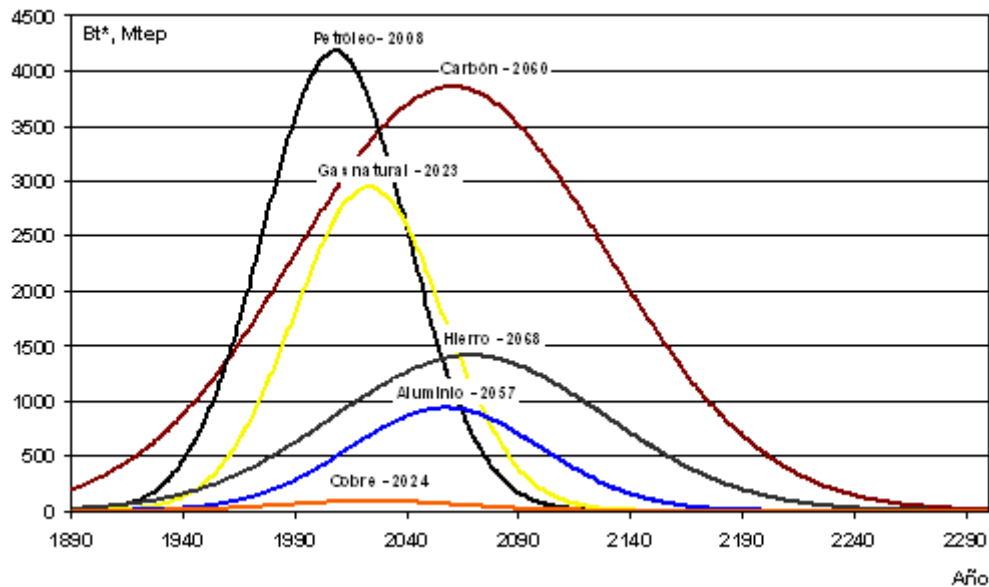
Veamos lo que sucede con la oferta de tales recursos. Una vez alcanzado el pico de su explotación, la curva se irá reduciendo y adquirirá con el tiempo forma de campana. Alcanzar el pico de producción de un determinado recurso natural supone que desde ese momento, la tasa de extracción (oferta) disminuirá por la limitación física de dicho recurso. Si la demanda sigue aumentando a pesar de una oferta en caída, los precios tienden a dispararse. Esto sucedió ya en el año 2008 con los recursos energéticos no renovables. Las fuentes de energía constituyen el motor del crecimiento económico a nivel mundial y, por ende, de la propia racionalidad capitalista. El agotamiento de tales fuentes pone en peligro el carácter sostenible de ese crecimiento. Es una contradicción en la racionalidad capitalista con difícil solución.

El pico del petróleo fue alcanzado en 2008 y el del gas natural será alcanzado a principios de la próxima década (2023). Frente a la creciente escasez de fuentes de energía no renovables, no existe una real alternativa a la vista. El esperado pico del cobre en 2024 no dejará mucho futuro al carro eléctrico ni mayores posibilidades de almacenamiento de la energía eólica o de transporte de la solar. El terremoto en Japón enseñó al mundo los peligros de la energía atómica. Y dependiendo de cuánto aumente la producción de uranio y de la cantidad de este que los EE. UU. y la antigua URSS

coloquen en el mercado, se podrían presentar problemas de escasez de uranio en cualquier momento durante los próximos quince años. El pico definitivo comenzará a más tardar en 2040. (Valero, 2010).

Gráfico No. 17

Cuenta regresiva de los minerales más extraídos en el siglo XX



Fuente: Antonio Valero, *A prediction of the exergy loss of world's mineral reserves in the 21st century*

Son pocos los pronósticos acerca del estado de las reservas minerales futuras. El caso de los minerales no energéticos es menos conocido, pero más preocupante que el de los combustibles fósiles. Ello se debe a que existe mayor capacidad de reemplazo de las fuentes energéticas. Los recursos energéticos no renovables como el gas y el petróleo podrán ser sustituidos, hasta cierto punto, por otros tipos de fuentes energéticas como los renovables o la energía nuclear. La capacidad de reemplazo de los metales, sin embargo, es más difícil y no siempre posible. En el largo plazo, cuando haya escasez generalizada de estos materiales, no habrá opción viable.

El posible fin mineral del planeta Tierra constituye una relativa novedad científica internacional de alarmantes consecuencias. Antes de enfrentar una crisis energética, la humanidad enfrentará una crisis de escasez generalizada de minerales. En pocas décadas, nuestra civilización habrá consumido los combustibles fósiles y dispersado los mejores materiales por el planeta sin posibilidad real de recuperación. El colapso sistémico es cada vez más evidente, a menos que se gestione de forma radicalmente

distinta el recurso mineral. El proceso de reciclado podrá posponer el pico pero no lo evitará. De los 57 minerales existentes, 11 (casi el 20%) ya llegaron a su máximo de extracción: mercurio (1962), telurio (1984), plomo (1986), cadmio (1989), potasio (1989), fosfato (1989), talio (1995), selenio (1994), zirconio (1994), renio (1998) y galio (2002). Y más de la mitad de los minerales llegarán a su punto máximo de extracción en los próximos treinta años (IHS, 2003).

En síntesis, de no alargar la vida de todo lo que producimos como seres humanos, y/o de no dar utilidad colectiva a todo ello, pronto se acabarán los recursos naturales estratégicos. En tal caso entraríamos en una contradicción sistémica que asfixiaría la racionalidad económica vigente, y se pondría en peligro la vida de la especie humana. Solamente una economía que dé vida a lo que producimos podrá devolver la vida a la naturaleza, y por ende y sobre todo a la propia población humana. El único punto es que al dar vida a lo que producimos, se condena a muerte la racionalidad económica de la civilización occidental. Dicha racionalidad está basada en el crecimiento sostenido en términos de valor a costa de sus valores de uso e incluso de la propia vida. De ahí lo inevitable de un cambio de civilización, tema que hemos abordado antes (Observatorio Internacional de la Crisis, 2010).

IV. Los movimientos políticos ante un cambio de civilización. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial a partir de 2011?

Introducción

Partimos del hecho que el ser humano es a la vez producto de la historia y creador de esta, y no en último lugar a través del trabajo. La democracia burguesa no es únicamente producto ni proyecto histórico exclusivo de una clase. Lo mismo puede decirse de un proyecto alternativo de humanidad, llámese socialismo o cambio de civilización. La democracia burguesa no puede montarse y sostenerse sobre cualquier base económica, ni tampoco un proyecto de cambio de civilización. Las posibilidades de un proyecto político de influir sobre un cambio en la racionalidad económica no dependen nada más de la voluntad de un pueblo, ni son determinadas solo por las llamadas condiciones objetivas. La dificultad estriba en saber encontrar los momentos históricos que brindan mayores oportunidades para que se produzca un cambio en la racionalidad económica. Consideramos que la Gran Depresión del siglo XXI constituye

una crisis de civilización y ofrece un momento histórico para un proyecto político más allá de las fronteras, que cambie la racionalidad económica vigente.

Lo anterior nos permite ver la necesidad objetiva de una ruptura en la racionalidad económica vigente. Cada vez es más patente la necesidad de una racionalidad económica que reafirme la vida de la naturaleza, de las propias creaciones de los seres humanos, y no en último lugar, de la propia población humana. Ahora bien, ¿cuál es la base económica donde tienden a darse mejores condiciones subjetivas para forzar una ruptura en la racionalidad económica vigente? Hace treinta años abordamos este tema históricamente (Dierckxsens, 1981). La situación donde se generan mejores condiciones subjetivas para romper dicha racionalidad, ha sido en aquellos momentos cuando la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo se mantiene elevada por largo tiempo y sin mayores perspectivas de una mejora a pesar de la lucha social a menudo reprimida. La situación crítica se encuentra, entonces, cuando esa capacidad de reemplazo impide instaurar las condiciones objetivas para el reformismo y, al mismo tiempo, existen condiciones objetivas para que una base social amplia se incorpore a la lucha social y política. Para llegar a esta situación hay dos vías. Una sociedad puede partir de una situación donde nunca existieron condiciones objetivas para el reformismo ni hay perspectiva de alcanzarlo a partir de un estancamiento de décadas; o más bien una sociedad recorre el camino invertido desde un estado reformista hacia una situación económica objetiva de una creciente capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Analizaremos a continuación ambas vías y sus perspectivas políticas.

1. Alta velocidad en el cambio de la capacidad de reemplazo: camino al reformismo

Una es la situación política de una transición acelerada hacia el reformismo burgués, y otra totalmente distinta es el estancamiento durante años en la misma situación sin llegar al momento donde las condiciones objetivas para el reformismo estén dadas. Una transición relativamente veloz desde una capacidad de reemplazo elevada hacia una capacidad sustitutiva reducida origina perspectivas de mejora, así como las condiciones objetivas para el reformismo burgués. Este ha sido el caso de la mayoría de los países centrales de Occidente desde fines del siglo XIX y principios del XX, como Alemania,

Inglaterra, los EE. UU. o los países escandinavos. Veamos brevemente este momento histórico.

El capitalismo en Inglaterra se desarrolló a comienzos del siglo XIX sobre la base de una capacidad sustitutiva elevada, caracterizada por las largas jornadas, trabajo infantil y femenino, bajos salarios y miserables condiciones de trabajo. El segundo cuarto del siglo ya se caracterizó por la gradual introducción de la legislación social, la democratización burguesa, la legalización sindical y la mejor posición de la clase trabajadora para organizarse. Cuando se llega al año de la revolución burguesa de 1848, ya se han asentado las bases económicas para el reformismo en Inglaterra. La población asalariada alcanzaba en ese momento el 80% de la PEA (Semjenov, 1973: 184).

A pesar de su arranque relativamente tardío, el capitalismo alemán tenía en 1882 con una población trabajadora asalariada equivalente a dos tercios de la PEA. Alemania conoció asimismo la ola general de levantamientos obreros que experimentara Inglaterra décadas antes y que por lo general se conoce como “La Revolución de 1848”. En 1869 nació en Alemania el Partido Demócrata Social de los Trabajadores, cuyo carácter fue netamente marxista. En 1890 se sustituyó a Bismarck, cuando estaban sentadas las bases económicas del reformismo alemán. Desde 1891 el Partido, con su programa de Erfurt, operó como un partido reformista. El desarrollo del capitalismo en los EE. UU., se ubica aproximadamente en el mismo período de Alemania. La rápida transición hacia la generalización de la relación salarial instauró, de manera relativamente acelerada, la base económica para un reformismo.

El tamaño de una población es un factor importante para una transición acelerada. Una transición rápida podemos observarla durante el siglo XX en Japón y los Tigres Asiáticos. La PEA japonesa comprendía en 1950 alrededor de un 35% de asalariados; en 1970, un 63%; en 1980, un 74%; y en 2007, 86%. Se trata de un caso de transición muy veloz en la segunda parte del siglo, tomando en cuenta su volumen demográfico. En Singapur, en 1970 casi un 60% de la PEA trabajaba como asalariada, y desde 1986 más del 84%. Corea del Sur es un caso más reciente y aún no plenamente concluido. La PEA de este país abarcaba en 1980 apenas un 47% de asalariados, en 1990 era ya el 60,5% y en 2007 más del 68%.

La velocidad con que se produzca una transición hacia una base económica para el reformismo, es más fácil que se desarrolle con una población menos numerosa. Así, con relativamente muy poca inversión, la PEA en muchas islas caribeñas alcanzó un elevado

porcentaje de asalariados a principios del siglo XXI: Antigua (80%), Aruba (90%), Bahamas (84%), Barbados (84%), Islas Caimán (92%), Trinidad y Tobago (80%). En África mencionamos, por ejemplo, a Sao Tomé y Seychelles, cuya PEA cuenta con 71 y 81% de asalariados, respectivamente. Otro tanto se observa en los pequeños países petroleros del Medio Oriente. En 1965 Kuwait tenía ya una PEA con más de 80% de asalariados. En 2004, Emiratos Árabes Unidos tenía una PEA con un 97% de asalariados y Qatar un 99%, un verdadero récord mundial. La esperanza de vida en Qatar y Emiratos en la actualidad es de 76 y 79 años respectivamente, testimonio de una mayor seguridad social.

2. El estancamiento de la capacidad de reemplazo: camino a la revolución

La transición de una situación de alta capacidad sustitutiva a otra situación con una capacidad de reemplazo reducida, también puede estancarse. Es nuestra tesis que cuanto más lenta y estancada sea esa transición, tanto más favorables serán las condiciones para que maduren las fuerzas contestatarias que podrían desembocar en revolucionarias. Esto es cierto sobre todo para aquellos países donde la economía de mercado y el capital han penetrado bastante, pero no lo suficiente para que se instaure el reformismo. En términos concretos, estamos hablando de sociedades donde la relación salarial está muy avanzada (entre 50 y 65% de la PEA), a la vez que permanece estancada por décadas. Es la situación de muchos países periféricos africanos y asiáticos durante la segunda mitad del siglo XX, aunque en particular de América Latina.

Hoy, hay una serie de países con una PEA donde la relación asalariada oscila entre el 50 y el 66%. Creemos que en el futuro cercano hemos de prestar mucha atención a estos países en materia política. Por no disponer de información estadística de todos los países, no podemos ser exhaustivos. En África podemos mencionar a Argelia con 60% de asalariados, Egipto con 62%, Namibia con 62% y Túnez con 66%. En Asia tenemos a Fiji (59%), Irán (51%), Filipinas (51%), Sri Lanka (59%) y Turquía (59%). En América Latina y el Caribe tenemos a Brasil (64%), Colombia (54%), República Dominicana (54%), Ecuador (60%), Guatemala (50%), Guyana (52%), Jamaica 61%, México (66%), Nicaragua (51%), Perú (54%) y Venezuela (59%), es decir, la mayor parte del continente es una bomba de tiempo.

La historia política, entendida como historia de las condiciones económicas para que se dé una ruptura en la racionalidad económica, no la tenemos que buscar en aquellos países donde el capitalismo se expande con más rapidez, sino allí donde tiende a mostrar una situación estancada y prolongada. Además de una situación en general de estancamiento, es importante un estancamiento que impida la transición al reformismo burgués. En la historia del capitalismo, esta situación no la encontramos en la Inglaterra ni en la Alemania del siglo XIX, ni en los EE. UU., sino en Francia con la revolución de 1848 y la Comuna de París, y más tarde en Rusia con la Revolución Bolchevique. Este tema lo hemos abordado en un estudio del pasado (Dierckxsens, 1981). Aquí queremos analizar la situación actual con miras hacia el futuro.

En un país con una dimensión demográfica relativamente grande, se requiere una inversión mayor para lograr la generalización de las relaciones asalariadas que en países más pequeños. Esto no quiere decir que el factor demográfico sea determinante para el desarrollo estancado de la relación salarial, pero una vez que se da este proceso, la magnitud demográfica de un país desempeña un rol que no podemos subestimar. No es de esperar que en China o la India, con poblaciones de más de mil millones de habitantes, ocurra un proceso de transición muy rápido, aun cuando se observa un crecimiento elevado y sostenido de la economía. No obtuvimos información estadística reciente de la OIT sobre el porcentaje de asalariados en la PEA de estos dos países, pero en 1980 la PEA de la India contaba apenas con un 16% de asalariados. En 1990, el 70% de la población de China todavía trabajaba en la agricultura, y de este solo una minoría como asalariados. Obviamente, un cambio sustancial de esta situación demanda tiempo. El hecho de que India y sobre todo China muestran tasas de crecimiento muy elevadas, no implica aún que dentro de estos países no podría presentarse una gran inestabilidad política.

De los casos que presentamos de África y Asia, tenemos datos de dos países para poder trazar una rápida transición (Argelia y Turquía) y cuatro claramente estancados (Túnez, Egipto, Irán y Sri Lanka). La PEA de Argelia contaba en 1964 con 37% de asalariados, en 1977 con 47% y en 2004 con 59,8%. Se trata de una transición bastante rápida aunque no concluida. La PEA de Turquía comprendía en 1965 un 22% de asalariados, en 1975 un 31%, en 1988 un 40% y en 2008 un 58,9%. Constituye una transición todavía más acelerada, pero no concluida. El panorama objetivo en ambos países es que las nuevas oportunidades de trabajo están a la vista, si bien la capacidad de reemplazo y la consecuente inestabilidad económica y social se mantienen elevadas. Sin una base

económica objetiva para el reformismo, estos países permanecen en una situación de frágil estabilidad política, y en especial en tiempos de crisis. Un simple cambio en el panorama internacional, como la rebelión en Túnez y en Egipto en enero de 2011, podría encender el fuego en toda la región y eventualmente más allá de ella. No sería de extrañarse, entonces, que en este 2011 se abra un período de revueltas populares como la acontecida en Europa en 1848.

2.1. África

En Túnez y Egipto la relación asalariada alcanzaba ya en 1966 los niveles que Argelia y Turquía recién mostraron en este siglo. Con todo, no completaron la base económica para que se establezca el reformismo burgués. Más aún, en los últimos cuarenta años ha sido muy notorio su estancamiento. En efecto, la PEA de Túnez que en 1966 incluía un 62% de asalariados, en 1984 había bajado al 58% y en 2002 era poco más del 66%. La PEA egipcia contaba en 1966 con 53% de asalariados, en 1976 con 60% y en 2006, treinta años después, con apenas 61,8%. Se trata por ende de una transición bastante *estancada* durante los últimos tres decenios, y no en último lugar por las políticas neoliberales impuestas. Este estancamiento suele estar acompañado de regímenes autoritarios sin relevo político y con gran inestabilidad política e irrupción de lucha popular potencial; en fin, de un sistema de opresión y corrupción. Aunque en Marruecos la relación salarial se halla menos generalizada, la situación revela igualmente un estancamiento notorio. Así, en 2007 su PEA abarcaba un 44,8% de asalariados, cifra ya casi alcanzada 25 años atrás, en 1982 (40,5%). Pese a que no disponemos de estadísticas en serie, habría que prestar atención también a Etiopía y Gabón. Etiopía registró en 2006 una PEA con 46% de asalariados, y Gabón 45% a mediados de los años noventa del siglo pasado.

Como ninguna rebelión cae del cielo, señalamos que la revuelta en África estaba en el ambiente durante los últimos años. En 2008, hubo dos “miniintifadas” en Túnez. En Egipto, desde diciembre de 2006 se suscitaron fuertes movimientos huelguísticos, con epicentro en la industria textil de la ciudad de Mahalla en el Delta del Nilo. Como consecuencia de esta oleada de huelgas se formaron dos sindicatos independientes del régimen con un total de 70 mil afiliados. A principios de 2011 hubo en Túnez una revuelta de la dignidad, por la democracia popular y el bienestar de las mayorías. A los pocos días la revuelta popular se dio en Egipto, y después grandes manifestaciones en

Yemen y Jordania. El detonante podemos buscarlo, en nuestra opinión, en otro factor demográfico. Si en el pasado las migraciones constituyeron una fuga de escape para la sobrepoblación, desde 2008, con la crisis de la economía financiera y la real, estos flujos migratorios son frenados por los países centrales, como ya vimos.

Esto implica que en particular los jóvenes han de buscar su destino en tierra propia. Sin embargo, como las migraciones han ocurrido precisamente por la falta de oportunidades de empleo, el resultado es un creciente ejército de desempleados jóvenes, a menudo bien calificados. Estos jóvenes preparados suelen ser los ‘arquitectos’ de la economía nacional, los guardianes del bienestar comunitario y aspiran a su propio desarrollo, pero ante la falta de oportunidades de empleo en tierra propia y sin fugas escapatorias individuales hacia países con mejores posibilidades, se sienten desilusionados a la vez que movidos a la rebeldía (véase, Abdul Ilah Albayaty, 2011). Lo cierto es que la imposibilidad de cumplir la reivindicación de poder vivir con dignidad, ha llevado a la politización de estos jóvenes y por ende a la rebelión. Y en esta lucha no se encuentran solos. Así por ejemplo, Egipto, la cuna histórica del trigo, se ha transformado con el neoliberalismo en el principal importador de trigo transgénico. Como los precios del trigo en el mercado internacional subieron en 2010 alcanzando hoy nuevos récords, la masa popular no tardó en juntarse a la rebelión.

2.2. Asia

El dictador cayó en Túnez, en Egipto cayó, y la situación política arde en Yemen, Libia e incluso Irán. Pronto Arabia Saudí, el régimen más reaccionario de la región, se encontrará solo. Medio Oriente podría estar en pleno proceso de transformación geopolítica. Por eso coincidimos con Immanuel Wallerstein en que vivimos la segunda rebelión árabe (la primera fue en 1916 para independizarse del Imperio Otomano). Y Washington es el gran perdedor en esta región, aunque no solamente. Todo Occidente, y muy en particular la UE, que recibe el petróleo a través del Canal de Suez, verán cómo su influencia se desvanece en las calles y plazas árabes. El gran ganador geopolítico parece ser Irán (Zibechi, 2011).

Como se deduce a partir de la actual situación política, separar el análisis de África y Asia es muy artificial. En Asia disponemos de información estadística más o menos reciente de la PEA de ciertos países. Un porcentaje de asalariados de la PEA que oscila

entre 50 y 66% se observa en Fiji (59%), Irán (51%), Filipinas (51%), Sri Lanka (59%), Siria (50%) y Turquía (59%). Falta información estadística de países como Arabia Saudí, Irak, Jordania o Líbano, entre otros. En el caso de unos países tenemos información reciente sin series en el tiempo, y apenas disponemos de series estadísticas a través del tiempo para Sri Lanka e Irán para mostrar empíricamente casos de estancamiento prolongado. Esto no implica que los otros países no enfrenten un proceso de estancamiento.

La PEA de Sri Lanka contaba en 1963 con 57% de asalariados, en 1981 con 55% y en 2007 con 56,5%. Se trata pues de una transición totalmente estancada, que conlleva una situación de gran inestabilidad económica y social y por tanto también política, la que refleja bien su historia reciente. El proceso de marginación de la población tamil por parte del Gobierno, integrado tras la descolonización en 1948 sobre todo por las elites cingalesas, llevó al grupo armado de oposición independentista tamil LTTE a reclamar la creación de un Estado tamil independiente. Dicho grupo inició en 1983 un conflicto que duró tres décadas, hasta mayo de 2009 cuando las Fuerzas Armadas lo vencieron y recuperaron la totalidad del territorio. Pero desde entonces persiste una situación de tensión como consecuencia de la militarización del país. De ahí la aparición de un nuevo grupo armado de oposición tamil marxista, People's Liberation Army (PLA), que reivindica la creación de un Estado tamil independiente. Una situación no tan diferente se observa en América Latina, en Colombia.

Otro caso en Asia es Irán. Su PEA incluía en 1956 un 44% de asalariados, en 1966 un 45%, en 1976 un 48%, en 1986 un 50% y en 2007 un 51,4%. Se trata de nuevo de una transición bastante estancada durante medio siglo. A pesar de que Irán es un productor de petróleo importante y posee reservas de gas enormes, debido a su magnitud demográfica la economía del país apenas ha incorporado la mitad de la población al mercado de trabajo. Ello representa una situación de inseguridad económica y social prolongada y, por consiguiente, una situación política potencialmente explosiva. No extraña que en este contexto, en 1979 se diese la revolución islámica con el derrocamiento del Sha. Desde entonces Irán ha mantenido una clara independencia de la política y dominación de los EE. UU. en la región. Por eso, los EE. UU. consideran a Irán una amenaza para los intereses del imperio y su aliado directo regional: Israel.

El sistema iraní en su totalidad es controlado por una administración teocrática y no precisamente democrática. A raíz del colapso de la Unión Soviética esta modalidad constituyó la base para tomar un rumbo político más independiente de Occidente, e

inspiró a otras repúblicas de Asia Central. Se trata de una especie de desconexión fundamentalista y autoritaria. Geopolíticamente, los EE. UU. ya perdieron a Turquía, luego a Túnez y ahora parece perder a Egipto. El gran ganador es Irán. Por curioso que parezca, al derribar a Saddam Hussein los EE. UU. le sirvieron en bandeja de plata un papel destacado a Teherán en el Medio Oriente, porque el líder iraquí había sido “el enemigo más feroz y más eficaz de Irán” (Zibechi, 2011). Pese a lo anterior, la base económica interna iraní impide una estabilidad socioeconómica y política del país. No extraña tampoco que Occidente, y en primer lugar los EE. UU., vean con buenos ojos las rebeliones en Irán y Libia, pero con gran preocupación las de Egipto por ejemplo, y ni hablar si Arabia Saudí entra al tapete.

2.3. América Latina

América Latina nos presenta el cuadro de un subcontinente con una base económica objetiva de una transición paralizada. Es, además, la región con mejores registros estadísticos con series de tiempo. Los casos más claros de una transición estancada son: Colombia, Nicaragua, El Salvador, Perú y Venezuela. Alrededor de 2005 había en la PEA de Colombia 54% de asalariados frente a 57% en 1950; en Nicaragua, 51% frente a 55% en 1950; en El Salvador, 55% frente a 54% en 1950; en el Perú, 54% frente a 48% en 1960; y en Venezuela, 59% frente a 57% en 1950. Son países que durante medio siglo han mostrado un estancamiento muy marcado. Otros dos países los siguen a no mucha distancia: Guatemala y Honduras. La PEA de Guatemala comprendía en 1973 un 48% de asalariados y en 2000 un 50,4%, mientras la hondureña contaba en 1974 con 44% de asalariados y en 2005 con 49,9%, un estancamiento de unos treinta años.

No resulta extraño observar una guerra de guerrillas en Colombia, que en Nicaragua se diese un proceso y triunfo revolucionario en 1979, que en El Salvador y en menor medida en Guatemala hubiese una guerra de guerrillas de gran conciencia política, y que en Venezuela haya surgido el primer proceso de desconexión del neoliberalismo en América Latina después de la caída del Muro de Berlín. En 1979 triunfó la Revolución Sandinista contra la dictadura Somoza. No fue así el desenlace del proceso salvadoreño, a pesar de que existían una conciencia y organización de clase mucho mayor que en Nicaragua. No obstante, el hecho de luchar contra una dictadura por generaciones hacía aquí más aparente el enemigo principal. En semejante contexto, es más fácil también establecer alianzas políticas internacionales y hasta con un segmento de la propia

burguesía para derrocar al dictador. Aunque en El Salvador había una represión militar de larga trayectoria, el enemigo principal no era igual de visible. La misma situación demandaba una conciencia y organización revolucionaria de mayor nivel. Es un proceso más lento y estuvieron cerca en los años ochenta, al igual que en Guatemala. El colapso del bloque socialista puso fin al proceso revolucionario en el istmo.

En la actualidad, las condiciones objetivas para un estallido siempre están ahí presentes. Las condiciones económicas para una estabilidad económica y social más bien empeoraron, sin embargo no se ven nuevas rebeliones o levantamientos populares. Hay, con todo, una diferencia importante. En las últimas décadas los países centroamericanos han experimentado una fuerte emigración, sobre todo hacia los EE. UU. Dicha migración ha funcionado como verdadera válvula de escape individual o familiar para buscar una mejor salida socioeconómica, pero esta válvula de escape individualizada no ha contribuido mucho a la conciencia política colectiva. Ahora bien, como la contracción de la migración internacional en medio de la crisis actual es un fenómeno más o menos global, esa migración se ha tornado más difícil desde 2008. Ello obliga a buscar oportunidades dentro de El Salvador e implica un proyecto más colectivo, o sea, un proyecto político para reivindicar una vida más digna en tierra propia. Es nuestra interpretación que el candidato a presidente postulado por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, Mauricio Funes, ganó las elecciones contra la conservadora Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) justamente en este contexto, al igual que rebeliones como las de Túnez y Egipto podrían estallar en cualquier momento en otro lugar. En fin, que podríamos estar en un momento histórico que nos lleva de las revueltas populares europeas de 1848 a la rebelión mundial en 2011.

En este contexto, no extraña entonces que el subcontinente se percibiera durante la década recién pasada como la región con más cambios políticos hacia una alternativa. Hoy, cuando el modelo neoliberal está en crisis y se vislumbra la Gran Depresión del siglo XXI, vuelve a darse la desconexión de los intereses de la metrópoli ya observada en los años treinta del siglo pasado. Primero ocurrieron los procesos de Venezuela, Ecuador y Bolivia, y luego las elecciones en Paraguay y Uruguay. El proceso de desconexión parecía pasar también a Centroamérica, con las elecciones en El Salvador y el alineamiento del presidente Zelaya de Honduras con el proceso de desconexión en marcha en América del Sur. Con el fin de parar la reacción en cadena de procesos de desconexión, retornó a escena el golpe de Estado, otra vez manejado desde los EE. UU. Ahora le tocó a Honduras.

Honduras es otro país donde la base económica ha impedido durante decenios cualquier tipo de reforma, ni hay perspectiva de que pronto la habrá. Esta perspectiva se ha reducido aún más con el golpe militar. No obstante, a lo largo de más de un año de resistencia organizada, el mismo golpe de Estado ha desarrollado una conciencia popular. Estas son condiciones objetivas ideales para una situación prerrevolucionaria, pues gran parte del pueblo está claro de que las recientes 'elecciones' fueron una farsa. La Resistencia de Honduras representa en la actualidad, probablemente el caso más nítido de una conciencia revolucionaria en el continente.

Ahora bien, no es posible generalizar la situación de estancamiento en América Latina; debemos introducir algunos matices. Hay casos de estancamiento muy cercanos a la base objetiva de un reformismo burgués, verbigracia Brasil y México. Aun así, llama la atención un cierto retroceso durante el período neoliberal en ambos países, ya que las políticas neoliberales aumentaron la flexibilización del mercado de trabajo. De este modo, en 1960 la PEA brasileña comprendía un 48% de asalariados, en 1970 un 55%, que en 1986 saltó a un 65%. Alcanzado este punto, hubo una situación cercana a la instauración del reformismo, sin embargo, con las políticas neoliberales el proceso se estancó e incluso retrocedió, de ahí que en 2006 la PEA contaba con 63,6% de asalariados. Justo en el período de ese retroceso, emergió la figura de Lula da Silva como presidente. De acuerdo con datos de la OPS, Brasil dispone de un programa de salud familiar que entre 2003 y 2006 tenía una cobertura de 68,4% y una esperanza de vida de 72,4 años. Esto es, una expectativa de vida inferior a la de Nicaragua (72,9 años) y que, por tanto, no revela una cobertura efectiva de la seguridad social. A pesar de ciertos programas sociales de corte reformista como 'hambre cero', la base objetiva de Brasil no escapa a lo interno a una subterránea inestabilidad política.

México es también un país con una base económica cercana al reformismo, pero sin lograrlo. La ambivalencia en la base económica hace que su política interna oscile entre la represión y la reforma. Desde los años sesenta del siglo pasado el país ha colindado con una base económica propicia para el establecimiento del reformismo burgués, sin llegar a alcanzarlo. Así, en 1960 su PEA abarcaba un 64% de asalariados, en 1970 un 62%, en 1990 un 68% y en 2007 retrocedió a 65,5%. Por otro lado, aunque entre 2002 y 2006 el Instituto Mexicano de Seguro Social tenía una cobertura modesta de 58,2%, la esperanza de vida era relativamente elevada en comparación con Brasil: 76,2 años. México disponía de recursos extraordinarios (el petróleo) para trazar políticas de corte reformista, con todo, a diferencia de Brasil o Venezuela, se dejó anexar a la economía

estadounidense mediante un tratado de libre comercio. El petróleo mexicano fue sobreexplotado en beneficio de los EE. UU., y por eso el 'peak oil' de México ya pasó; es más, este recurso natural se está acabando. Hoy, la inestabilidad política de México es relativamente grande y la democracia formal sin real contenido solo ha podido sostenerse con el recurso al fraude electoral. Cualquier detonante podría desestabilizar el país. Uno de estos detonantes podría ser la caída del 'Muro del Dólar', la cual se espera para este año 2011 (véase, Geab 51).

El caso de Bolivia —y en menor grado Ecuador— amerita asimismo atención especial. La PEA boliviana incluía en 1950 un 36,2% de asalariados, en 1970 no más de 34,1% y en 2002 apenas 33,3%. Aquí surge una nueva pregunta: ¿En qué medida la resistencia centenaria de la economía indígena y comunitaria ha obstaculizado la profundización de las relaciones asalariadas en el país? Y otra pregunta es: ¿En qué medida influye la modalidad de la resistencia en el proyecto político actual? Durante centurias, las comunidades indígenas se han resistido a la penetración de la cultura occidental en general y del capitalismo en particular. Hoy, al haberse desconectado de alguna forma el país de las políticas neoliberales y reivindicar un rumbo político más independiente de los intereses imperiales, las comunidades indígenas se resisten a la explotación de sus tierras y de sus recursos naturales, sea quien sea que quiera explotarlas.

Es interesante notar que esto sucede en el preciso momento que la capacidad sustitutiva de dichos recursos naturales disminuye, e incluso tienden a agotarse. Dada la escasez de los recursos, los precios de las materias primas no han dejado de subir en los últimos años. Países emergentes como China, India o Brasil, disputan con los países centrales el acceso a tales recursos cada vez más escasos. Ello conlleva hasta la ocupación física de territorios por las potencias. De ser necesario, estas potencias buscan fraccionar o balcanizar países como están haciendo en el África subsahariana. La balcanización de Sudán, es un claro ejemplo al respecto. En este contexto, no resulta extraño que los EE. UU. aumenten sus bases militares en la cercanía de grandes reservas de recursos naturales.

En vista de la escasez creciente de recursos naturales, los países periféricos están en mejores condiciones de crear monopolios de venta al estilo de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Retener estos recursos o condicionar su entrega para que las empresas transnacionales instalen sus fábricas en el país cerca de dichos recursos, comienza ya a ser parte de la política internacional. China por ejemplo, tiene el 97% de la producción mundial de 'tierras raras' o REE, minerales ampliamente

utilizados en la tecnología verde como las turbinas de viento y los coches híbridos, al igual que en bienes de consumo de alta tecnología como teléfonos móviles e 'iPads'. Además, son minerales con aplicaciones militares sofisticadas, como misiles, rayos láser, sistemas de radar y equipos de visión nocturna. Las REE son recursos estratégicos para la seguridad nacional de los EE. UU. y la fabricación de la tecnología verde.

En los últimos tres años China ha reducido sus exportaciones de REE. En el segundo semestre de 2010, el Ministerio de Comercio de ese país limitó esas exportaciones en un 72%. Lo que directa o indirectamente nos están diciendo los chinos con ello, es que si Occidente quiere tener acceso a 'tierras raras' tiene que invertir en China, pues este país quiere obtener el 'know how' y la maquinaria mientras Occidente procura proteger su tecnología (Dempsey, 2010). Es claro que Bolivia u otro país periférico que no sea una potencia emergente no está en la misma posición negociadora de China. Aun cuando posee buena cantidad de las reservas mundiales del litio, Bolivia no está en la misma posición de poder que China para negociar contratos de instalación de fábricas de autos eléctricos en su territorio. Además, a lo interno, ciertamente el presidente Evo Morales tendría muchas dificultades para negociar una explotación más endógena.

A lo que queremos llegar es que con el agotamiento progresivo de los minerales, sea por los países centrales, sea por los de la periferia, en última instancia las posibilidades del crecimiento sostenido se están agotando. Con ello se agotarán las posibilidades de acumulación, tanto en la periferia como en el centro. La actual crisis económica del capitalismo se encontrará, en resumidas cuentas, simultáneamente con otras crisis como la energética, la del agotamiento de los recursos naturales, la social, la política e incluso la militar. Juntos, estos hechos agotarán la lógica de la muerte del capitalismo. Crecerá entonces la lucha social y política reivindicando una racionalidad que reafirme la vida: la de los productos, la natural y, por último pero no en último lugar, la propia vida humana. En otras palabras, estamos hablando de que la base objetiva de demandar un cambio de civilización se encuentra en el horizonte.

3. El camino invertido: entre el neofascismo y la rebelión

Para llegar hoy a una situación revolucionaria, hay dos vías. Una sociedad puede llegar a luchar por un cambio a partir de una situación donde nunca existieron condiciones objetivas para el reformismo. Asimismo, una sociedad puede recorrer el 'camino

inverso' a partir de un retroceso en la estabilidad socioeconómica y política. Esto ocurre cuando en países donde está instaurado el reformismo, se da un incremento considerable de la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. La primera vía ya la hemos analizado. Analizaremos ahora el camino inverso.

El mundo del siglo XXI es distinto a los de los siglos XIX y XX. En el siglo XIX y las primeras décadas del XX, la única vía posible era la primera ya que el reformismo apenas estaba instalándose. En la segunda mitad del siglo XX solo conocemos un ejemplo concreto del paso del reformismo en retroceso hacia la búsqueda del socialismo vía elecciones, a saber, el caso chileno. El capitalismo del siglo XXI es completamente otro. Hay muchos países con una larga trayectoria reformista y, a diferencia del siglo XX, ya no tenemos el socialismo realmente existente como referente, como ocurría todavía con el caso de Chile. Por consiguiente, de cara a la actual crisis del capitalismo la pregunta clave es: ¿Es posible el paso del reformismo hacia un cambio radical de la racionalidad económica? Este 'camino inverso' se caracteriza por un proceso que parte de una fase reformista más o menos consolidada, pero que tiende a deteriorarse bastante por una crisis prolongada.

Desde fines del siglo XX, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo en los países centrales creció de manera duradera. La flexibilización del empleo en los países centrales comenzó con el proceso simultáneo de 'outsourcing' y las políticas de inmigración, proceso que se profundizó con la actual depresión económica. Hasta 1980 hubo una relativa autonomía de las economías nacionales respecto al mercado mundial de productos y servicios. Por eso, el mercado de trabajo operaba sobre todo dentro de los límites de las fronteras nacionales. Entre 1980 y 2010, la población de la economía mundial globalizada, es decir aquella disponible para los intereses del gran capital, más que se duplicó. La globalización del mercado mundial de trabajo se expresa a través de flujos migratorios desde la periferia hacia el centro y de flujos de capital desde el centro hacia la periferia.

Desde mediados de los años ochenta, la población de la economía mundial globalizada pasó de 2,5 mil millones a 6 mil millones de seres humanos. Según un estudio de la OIT, la clase trabajadora potencialmente disponible para la explotación del capital transnacional se duplicó al pasar de una PEA de 1,46 mil millones en 1985 a casi 2,93 mil millones en el año 2000 (Goldstein Fred, 2009: 4s). En esencia, pues, la globalización del mercado mundial de trabajo significa una mayor capacidad sustitutiva de la fuerza laboral en el mundo entero. Esto conlleva una tendencia mundial —o sea,

tanto en el centro como en la periferia— a la baja salarial, aumento de la jornada de trabajo y empeoramiento de las condiciones laborales.

Desde el año 2008 se anuncia una nueva Depresión Mundial con fuertes alzas de las tasas de desempleo lo que agrava aún más la inestabilidad económica y social, y en primer lugar en los países centrales. Así, en España y los EE. UU. se observan tasas reales de desempleo general del 20%, si bien las tasas de desempleo juvenil (entre los 16 y 24 años) en ambos países están por encima del 50%. Calza en este contexto plantearse la pregunta acerca de un posible cuestionamiento popular de la racionalidad económica vigente en los países centrales. Con una crisis prolongada retroceden muchas de las conquistas obtenidas, cuyo resultado será una crisis de legitimidad de las relaciones sociales existentes. De este modo, se abre de nuevo en los mismos países centrales el espacio político para partidos de una izquierda que cuestione la racionalidad económica en su esencia.

No obstante, bajo el reformismo se instauró y consolidó la fe en la vía pacífica hacia un mayor bienestar, y esta fe no se destruye de un día para otro. Por eso, en un primer momento las masas populares siguen creyendo firmemente en las relaciones sociales existentes. La defensa del statu quo a toda costa y a todo precio, aunque sea a costa de otros, encuentra tierra fértil. Y la legitimación de la defensa de las sagradas relaciones capitalistas en su crisis de legitimidad lleva la política, en última instancia, hacia la ultraderecha. Esta proclama el derecho imaginado de poder salvar su nación, su cultura, su raza, etc., a costa de otras. De ahí la discriminación creciente hacia los migrantes, los pueblos foráneos, otras razas, otro género, otra generación. Es la ideología del ‘sálvese quien pueda’, la cual suele darse cuando el ‘barco económico’ corre peligro de hundirse. Los pasajeros de primera clase, los países centrales, se apropian del derecho de ser los ‘elegidos’ para salvarse cuando el barco (¿’Titanic’?), vale decir la economía mundial, se hunde. Esto implica una ideología de ultraderecha que tiende al (neo)-fascismo, o en todo caso a regímenes autoritarios. Este fenómeno lo observamos en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX en Argentina y Uruguay, aunque en la misma época se dio el proceso chileno bajo el presidente Salvador Allende (véase, Dierckxsens, 1981).

¿Es posible que el camino inverso no solamente haga resurgir el neofascismo, sino que desemboque en un cuestionamiento generalizado de las actuales relaciones sociales de producción? De cara a la Gran Depresión del siglo XXI observamos dos tendencias. En los países nórdicos, donde con mayor profundidad y durante más tiempo se desarrolló el

reformismo, es donde la capacidad de reemplazo era menor. Para alcanzar competitividad internacional precisan entonces introducir drásticas políticas de flexibilización laboral. Es decir, para que el capital en estos países encuentre la suficiente capacidad competitiva en materia del costo del trabajo, el retroceso de las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora es mayor. En países como Suecia, Dinamarca u Holanda, es donde la fe en la vía democrática, pacífica, solidaria y tolerante más se cultivó en el pasado. En un primer momento de la crisis, las masas populares reafirman su fe en las sagradas relaciones de producción existentes y recuerdan con nostalgia los tiempos pasados. A partir de aquí, reivindican con fuerza el retorno a los buenos tiempos a costa de no importa qué ni cómo.

Sin embargo, la defensa a ultranza del statu quo a costa de todo, esto es de la tolerancia y de cualquier clase de solidaridad, desemboca en una xenofobia y un racismo siempre más radicales. Constituye una aparente contradicción que justo en aquellos países donde históricamente se cultivaron la solidaridad y tolerancia, en la actualidad muchos consideran tener más derechos que otros pueblos, otras religiones o razas para estar en este mundo con los privilegios de antes. De ahí que precisamente en Suecia, Dinamarca y Holanda, la coalición de partidos para formar gobierno muestra claros rasgos neofascistas. Es obvio que la defensa a ultranza y con todos los medios a su disposición, incluyendo los militares, podemos esperarla del país que hoy pierde su hegemonía de manera definitiva: los EE. UU. Por eso, como se destaca en el libro *El mundo en la encrucijada de la Gran Depresión* (Observatorio Internacional de la Crisis, 2010), la amenaza de una nueva gran guerra no está en absoluto fuera de las posibilidades. Una nueva gran guerra, en efecto, es una posibilidad real, pues es un hecho que las primeras guerras mundiales ocurrieron a partir de anteriores depresiones internacionales. Aunque también es cierto que, históricamente, la ruptura con la racionalidad vigente se tornó más viable en medio de las propias guerras mundiales.

No pretendemos afirmar que la tendencia al neofascismo esté ausente en los países del sur de Europa ni en aquellos periféricos donde el reformismo es de más reciente data, y ni hablar de aquellos países donde existen democracias de forma pero sin contenido. Ciertamente, en muchos países el reformismo no ha sido profundo ni duradero, y en otros casos ha sido pura forma. En América Latina, por ejemplo, durante la era neoliberal muchas dictaduras han sido sustituidas por democracias de forma sin contenido. Con todo, en más de una de estas democracias formales sin contenido, la vía electoral ha abierto escenarios de desconexión, procesos que bajo una dictadura quizá

solo se habrían conseguido con una revolución. La vía electoral hacia una alternativa ha ganado, por tanto, actualidad política.

En este contexto tampoco ha de sorprender que en el sur de Europa, la clase trabajadora se haya tirado a las calles en los últimos tiempos, y podrían hacerlo todavía con más fuerza en el futuro. En los países centrales en el corto plazo, la tendencia al conservadurismo parece tener más posibilidades que el surgimiento de una izquierda renovada que cuestione la racionalidad misma del sistema en su esencia. Sin embargo, cuanto más tiempo esos países permanezcan en un estado de crisis prolongada con escasas perspectivas de mejora, más se radicalizará el panorama político. En este contexto, en el futuro cercano será interesante observar el caso piloto de Japón, país que lleva ya más de tres décadas de recesión sin ninguna perspectiva de mejora en el corto o mediano plazo. El desastre nuclear a partir del terremoto solo acentuará esta crisis

Notas

- (1) *wikipedia.org*, “List of lifeexpectancy by the United Nations (2005-2010”.
- (2) INE, *Movimiento natural de la población. Padrón continuo y Encuesta Nacional de Inmigrantes*, 2007.
- (3) Véanse, *Censos de población de Costa Rica, 1963, 1973, 1984, 1994*.

Bibliografía

- Abdul Ilah Albayaty, Hana Al Bayati e Ian Douglas, “Le printemps de la démocratie árabe”, *Palestine.net*, 26.01.2011.
- Andrew Gavin Marshall, “Are we witnessing the start of a global revolution?: North Africa and the global political awakening”, *Global Research*, 27.01.2011.
- Antonio Valero, “A prediction of the energy loss of world’s mineral reserves in the 21st Century”, *5ª Conferencia sobre Desarrollo Sostenible en Energía, Agua y Medioambiente*, mayo 2010.
- CDC, *National Vital Statistics System*, USA. Junio 2010
- Central Intelligence Agency (CIA), *The world Factbook: Country comparison total fertility rate*, 2010.
- Central Intelligence Agency (CIA), *World Fact Book*, 2009
- Central Intelligence Agency (CIA), *World Fact Book*, 2005.
- Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), *Estimaciones y proyecciones de población*. Santiago de Chile, 2008.

CEPAL, *Estudio económico de América Latina 1982*. Santiago de Chile, 1984

Christophe Z. Guilmoto, “El aborto selectivo contra las niñas asiáticas”, en *Le Monde*, 21.05.2009.

Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, *Por una globalización justa*, 2004.

División de Población de las Naciones Unidas, *World Population Prospects*, 2007.

Emily Brandon, “Countries with the longest life expectancy”, en *Planning to Retire*, marzo 2009.

Freeman Richard, 1994, *International labor standards and world trade*.

Global Europe Anticipation Bulletin, Informe GEAP 51, enero 2011.

Goldstein Fred, “Low wage capitalismo”, *World View Forum*, Nueva York, 2009.

Guido Miranda, *Memorias institucionales de la CCSS*. San José, 1994.

IHS, ‘Industry database’, 2003, tomado de *Wikipedia Free Encyclopedia*, "Peak Oil", www.en.wikipedia.org

John Harlow, “Billionaire club in bid to curb overpopulation, America's richest people meet to discuss ways of tackling a 'disastrous' environmental, social and industrial treta”, en *The Times* (Los Ángeles), 24.05.2009.

Judy Dempsey, “U.S. and Europe Urged to Join Forces on Rare Earth Metals”, en *The New York Times*, 28.10.2010.

Kuhlmann y Soto, 1995: 96, *Los hogares costarricenses 1988,1990 y 1992* citado por Barquero B., Jorge A. y Trejos S., Juan Diego, *Types of Household. Family Life Cycle and Poverty in Costa Rica*. Universidad de California, Los Ángeles, 2005.

Martine Laronche, “Es ineluctable la declinación demográfica en Europa?”, en *Le Monde*, 02.09.2010.

Memoria CCSS. San José, 1995.

Nicholas Eberstadt, “Four surprises in global demography”, *Watch on the West*, Foreign Policy Research Institute, volumen 5 número 5, julio 2004.

Observatorio Internacional de la Crisis, *El mundo en la encrucijada de la Gran Depresión*. San José, DEI, 2010.

Observatorio Internacional de la Crisis, *Siglo XXI: Crisis de una civilización: ¿Fin de la historia o el comienzo de una nueva historia?* San José, DEI, 2010.

OIT, *Anuario de estadísticas del trabajo 1945-1989*. Ginebra, 1990.

OIT, *El empleo en el mundo 1996/97*. Ginebra, s. f.

- OIT, *Fuentes y métodos de estadísticas de trabajo, Volumen 10: Evaluaciones y proyecciones de la población económicamente activa 1950-2010*. Ginebra, 2000.
- ONU, División de Población, “*World Population Prospects: The 2008 Revision Population Database*”, <http://esa.un.org/unpp/>.
- Raúl Zibechi, “La revuelta árabe y el pensamiento estratégico”, en *ALAI*, 04.02.2011.
- Semjenov, *Kapitalismus und Klassen*. Colonia, Editorial Pahl-Rugenstein, 1973.
- Sergio Reuben, “Política social y familia”, en *Contrapunto* (San José, Sinart) No. 8 (1986).
- Susan Berger, *How we compete*, Amazon, 2005.
- UN DESA/CEPAL/CELADE, *Reunión de seguimiento de la declaración de Brasilia*. Santiago de Chile, setiembre 2008.
- Wim Dierckxsens, *Del neoliberalismo al poscapitalismo*. San José, DEI, 2000.
- Wim Dierckxsens, *La crisis mundial del siglo XXI*. Bogotá, Editorial Desde Abajo, 2008.
- Wim Dierckxsens, *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. La Paz, Bolivia, 1997 y DEI, San José, 2010
- Wim Dierckxsens, *Política y población*. San José, EDUCA, 1981.
- World Bank, *The migration and Remittances Fact Book*, 2011.